

Soy  
una  
ciudad  
llamada  
Panamá



Ciudad de Panamá  
Crecer en ti

# Soy una ciudad llamada Panamá

3

Autora: Cheri Lewis G.

Ilustraciones: José Jiménez Vega

Soy una ciudad llamada Panamá

Autora

**Cheri Lewis G.**

Ilustraciones y portada

**José Jiménez Vega**

Coordinación editorial

**Mónica J. Mora**

Diseño gráfico y diagramación

**Juan Tarté B.**

Esta es una publicación de la colección Biblioteca 500 de la Comisión 500 Años de Fundación de la Ciudad de Panamá (1519-2019), presidida por la Alcaldía de Panamá con el apoyo del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.



Impresión: Phoenix Design Aid A/S, una empresa CO2 neutral acreditada en los campos de calidad (ISO 9001), medio ambiente (ISO14001) y responsabilidad social corporativa (DS49001); proveedora aprobada de productos certificados FSC™. Impreso en papel reciclable, ecológico sin cloro y con tintas vegetales.

ISBN: 978-9962-663-45-4

Primera edición: octubre de 2019

Esta obra se comparte bajo una licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Compartir Igual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0) <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>



# Prólogo

Hablar a los niños es como enviar una carta al futuro. Deseamos que, en un mundo dominado por la comunicación inmediata, las redes y los populares “chats”, este libro consiga despertar el interés y el amor por nuestra ciudad en los hombres y mujeres de mañana, recuperando además la palabra escrita y el gusto por la lectura, herramientas que dan destreza y ánimo al intelecto.

Quienes alcancen a tener entre sus jóvenes manos este completo compendio histórico, primorosamente elaborado por la talentosa escritora Cheri Lewis, serán los adultos que habitarán y conducirán el país, y es importante que tengan acceso a una referencia clara del acervo natural, cultural y social de la ciudad en la que han crecido.

Y como no se puede querer lo que no se conoce, “*SOY UNA CIUDAD LLAMADA PANAMÁ*” reseña la larga vida de nuestra ciudad capital en un lenguaje llano, ameno y entretenido. Porque a los niños hay que hablarles con la precisión necesaria para captar su atención, la que responde a la magia de historias de aventuras, de piratas y corsarios, del descubrimiento de nuevos mundos y de los encuentros primeros de pueblos remotos, en parajes de una naturaleza exuberante y exótica, como en Panamá.

6

Las acertadas ilustraciones de José Jiménez Vega, que interpreta a Panamá siempre alegre, amigable y bien dispuesta, potencian la imaginación del lector, al que ayudan a recorrer un trayecto casi fantástico por las muchas hazañas que ha visto y vivido nuestro territorio, siempre como paso abierto y lugar de convivencia.

Narrada en primera persona, nuestra Panamá se hace protagonista en este relato que –desde la época precolombina hasta los albores de la República–nos habla de nosotros mismos, como pueblo y como nación.

Que esta obra se incorpore a la Biblioteca 500 como parte del tributo a la cinco veces centenaria ciudad capital es un honor y un orgullo para el equipo de la Alcaldía de Panamá, que tan dedicadamente ha organizado las actividades para conmemorar la importante efeméride. Son 500 años de historia que debemos celebrar proyectándonos a 500 años más, con la complicidad y el compromiso de los ciudadanos del futuro.

José Luis Fábrega  
Alcalde, distrito de Panamá  
Presidente, Comisión 500 Años de Fundación de la Ciudad de Panamá

## Para escuchar con los ojos de la imaginación

*Soy una ciudad llamada Panamá* es una señora crónica, un hilo con el que los niños, niñas, jóvenes y adultos pueden volar el pandero de su imaginación. Esta obra ofrece un refrescante sentido del humor que hace aún más placentero el viaje porque le pone lacitos a la cola de la cometa.

Este es el libro de historia de Panamá que hubiera yo querido tener, leer, disfrutar y compartir hace cuatro décadas, porque apela a mi curiosidad, a mi sentido de pertenencia.

En *Soy una ciudad llamada Panamá*, Cheri Lewis logra que la ciudad nos hable como el personaje que es: valiente, resiliente, interesante; que tenga voz con la que narrarnos sus alegrías, tristezas, luchas y esperanzas.

Ilustrado con los dibujos y colores del artista José Jiménez Vega, en este libro nadamos entre testigos de la historia libre, como las hermosas e inteligentes ballenas Zuleika y Jorlenys, que conversan con su amiga, la ciudad de Panamá; y otros personajes, como los gigantes Darién, Coclé y Chiriquí, los pericos de anteojos, el Lodo Venenoso, el halcón peregrino, la gaviota Tijereta o la ardilla Granatensis.

La autora hace gala de un manejo divertido de los tiempos narrativos y la niña que llevo a flor de piel se ha sentado a escucharla con los ojos de su imaginación; como estoy segura lo harán niños y niñas de cinco a más de 100 años de edad.

Cuando estamos sumergidos en el mar de su prosa, Lewis nos dice con la travesura de su yo niña: "lo que pasó después lo contaremos en nuestro próximo viaje". Así, nos va llevando entre el presente y el pasado.

Autora e ilustrador lograron una mancuerna: imagen literaria y visual deliciosa que

interpreta en el ahora cómo eran aquellos tiempos de construcciones de piedra, de mares que traían piratas, y de piratas que traían fuego y se llevaban el oro de lo que hoy conocemos como Panamá La Vieja.

Mi yo niña y mi yo mujer de varias décadas leeremos este libro en voz alta a nuestra audiencia y diremos con sentimiento -como Zuleika y Yorlenis le dijeron a la ciudad- "ven al mar cuando estés alegre y vuelve al mar cuando estés triste".

Cheri Lewis nos entrega una obra con una calidad pocas veces vista en la literatura infantil y juvenil en nuestro país. Ella entrelaza el "cuento que nos echa" con los datos fríos de la historia oficial.

¡Bienvenido sea el nuevo libro de la Biblioteca 500!

Lil hArriera  
Poeta, escritora y narradora oral

# Juegos con gigantes

Soy una ciudad llamada Panamá. Me gusta cómo se escucha al pronunciarlo: Pa-na-má. Es una palabra sencilla, divertida y tan alegre como yo. Hay quienes afirman que Panamá significa abundancia de mariposas o de peces; otros dicen que es el nombre de un árbol o que así se llamaba un cacique; pero según la evidencia científica, Panamá es un vocablo proveniente de la lengua Cueva y se traduce como «pueblo de pescadores». Esta es la teoría más aceptada sobre el significado de mi nombre.



Me gusta pensar que soy un conjunto de todas esas cosas y más, mucho más. He jugado con innumerables mariposas, he nadado con un montón de peces y he sembrado una infinidad de árboles, incluyendo el árbol Panamá, que tanto me gusta. Tiene un tronco ancho y puede crecer muy alto. He visto unos grandísimos, con copas verdes y frondosas. El Panamá es el árbol oficial de mi país y me encanta que se llame igual que yo.

Como afirman los científicos, la pesca fue una de las principales actividades a las que se dedicaron mis primeros pobladores y yo los conocí bastante bien.

12

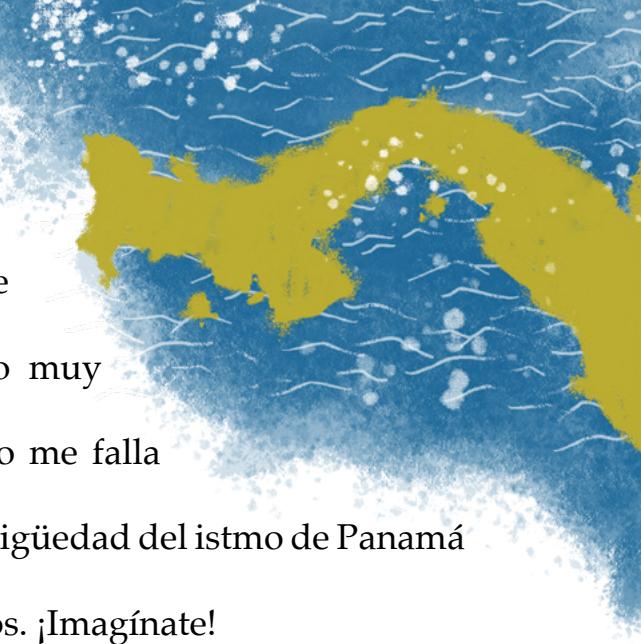
Recuerdo cuando llegaron. La mayoría vino caminando, aunque también aparecieron por mar. Venían del norte y pasaban por aquí en dirección al sur. Algunos jugaron un rato conmigo y luego siguieron su camino; otros se quedaron

NORTE



SUR





porque decían que les gustaba cómo  
era yo y querían vivir aquí. Fue hace  
muchísimo tiempo, pero me acuerdo muy  
bien. Y qué bueno que la memoria no me falla  
porque los geólogos calculan que la antigüedad del istmo de Panamá  
se remonta a unos tres millones de años. ¡Imagínate!

Antes, los océanos Pacífico y Atlántico estaban unidos por una masa de agua que dividía Norte y Suramérica. Pero algo estaba pasando bajo la superficie: dos placas (secciones de tierra submarina) se iban moviendo muy lentamente hasta que chocaron una contra la otra, empujando el fondo marino hacia arriba, hasta que algunas zonas emergieron sobre el nivel del mar, formando islas.

Durante millones de años, grandes cantidades de arena y lodo fueron rellenando las zonas entre las nuevas islas hasta que las unieron, ¡creando

el istmo de Panamá! El istmo, a su vez cerró la brecha entre ambos continentes. Ello causó un enorme cambio en las corrientes marinas y en el clima del mundo entero.

Los científicos piensan que el nacimiento de este pedacito de tierra es uno de los sucesos más importantes en los últimos 60 millones de años por el enorme impacto que tuvieron las nuevas corrientes oceánicas en el clima de la tierra y en su medio ambiente.

Estos cambios también contribuyeron a la llegada de la última glaciación, conocida también como la Edad de Hielo.

El clima se volvió muy frío e inmensas capas de hielo se acumularon sobre los continentes. No recuerdo haber



sentido tanto frío como en esa época. Por suerte, muchos árboles me protegían y dejaban que de noche me arropara con ellos.

Durante este periodo, el nivel del mar descendió muchísimo y esto provocó que algunos accidentes geográficos que antes estaban divididos por mar—como estrechos y archipiélagos—quedaran unidos por tierra. Así sucedió también con el estrecho de Bering, ubicado entre Rusia y Alaska; esta unión, conocida como el «puente de Beringia», permitió que grupos humanos procedentes de Asia migraran a América.

Cuando los primeros humanos llegaron a mí, hace más de 11,000 años, encontraron un clima mucho más fresco, amplias sabanas y montañas boscosas. Existía también toda una megafauna, como el armadillo gigante, llamado gliptodonte, y el perezoso gigante, llamado megaterio.

Fueron los primeros (y los últimos) “dinosaurios” con los que jugué. Bueno, no se llamaban así porque en realidad los dinosaurios fueron

una antigua clase de reptiles (saurópsidos) que vivieron hace cientos de millones de años (en el período Triásico). Pero sí eran gigantes. ¡Mis queridos monstruos extintos! Algunos eran muy divertidos, otros se enojaban muy rápido. El megaterio era realmente grande. Pesaba cerca de tres toneladas y medía más de seis metros de la cabeza a la cola. Un cálculo aproximado de su tamaño sería más o menos igual a un mastodonte, que de hecho también vivió en mis tierras y tenía el tamaño de un elefante en la actualidad.

El cuerpo del mastodonte estaba cubierto de un pelo grueso y me gustaba acariciarlo. A veces se quedaba dormido mientras lo acariciaba y entonces yo aprovechaba para acurrucarme junto a él porque se sentía calientito y, a decir verdad, a veces no aguantaba el frío.









Cuando la Era del Hielo llegó a su fin, los glaciares se derritieron y el nivel del mar volvió a subir. Las planicies más cercanas a las costas se llenaron de agua y las montañas se convirtieron en islas. El archipiélago de las Perlas surgió en este momento. Las islas que conoces —como Taboga, Contadora, Pedro González y muchas otras más— son las puntas de las montañas que quedaron cubiertas por el mar.

A medida que cambiaba el clima y la tierra, también evolucionaba la forma como los humanos y yo nos adaptábamos a estos cambios.

20

Según los científicos, hace alrededor de 2,500 años existían diversas poblaciones indígenas asentadas en el Istmo. Estas personas ya vivían en aldeas, habían perfeccionado las técnicas de la agricultura y desarrollado diferentes culturas.

A este época se le llamó periodo precolombino o prehispánico. Fue una época de inventos y descubrimientos que me gustó mucho. Aunque todavía no me habían otorgado el título de «ciudad», ya mis tierras eran habitadas por grupos humanos que se organizaban como sociedad, y siento que todo eso también forma parte de mi historia.

Según sus diferencias, se distinguieron tres grandes regiones culturales a lo largo del territorio panameño.

Estas regiones se conocen hoy como:  
Gran Chiriquí,  
Gran Coclé y Gran Darién. Mis primeros pobladores se





establecieron en lo que hoy se conoce como el Sitio de Panamá Viejo. Formábamos parte de la zona cultural conocida como el Gran Darién, que abarcaba desde Chame hasta el golfo de Urabá, tanto por la costa del Pacífico como por la del Atlántico.

Panamá Viejo fue el poblado aborigen de mayor relevancia en esta área y fue ocupado alrededor del año 500. Si nos ubicamos en la época actual, su territorio ocupaba casi toda la costa, desde el río Abajo hasta Coco del Mar.

La lengua Cueva se estableció en esta zona. No era el idioma original de todos los nativos que convergían allí, pero facilitaba la comunicación entre ellos. A mí también me tocó aprender a hablar Cueva para poder comunicarme con todos mis vecinos.



En esta zona predominaban los cacicazgos; es decir que el mando lo ejercía un jefe o cacique mayor, en cuyo territorio existían varios pueblos y comunidades con jefes cuyas órdenes obedecían.

Las viviendas comunes consistían de chozas con plantas circulares, estructuras de madera y paredes de bambú o paja.

Medían de tres a cuatro metros de diámetro. Los jefes podían vivir en residencias mucho más grandes y elaboradas.

24

Estas también fueron las primeras casitas con las que jugué y donde hice un montón de amigos. En el área del Gran Darién llegaron a establecerse cerca de 80 cacicazgos. Algunos tenían sus propios lenguajes, religiones y costumbres.

Mucha gente vivía en Panamá Viejo, sobre todo alrededor del puente del Rey.

Cerca del año 1515,

Panamá Viejo estaba al mando del cacique Coti. Era un

hombre muy famoso por su talento en la

fundición y labrado del oro. A veces me sentaba a

conversar con él mientras trabajaba. Hacía unas piezas maravillosas

que tenían un gran valor y eran muy solicitadas por caciques de otras

regiones. Esto le otorgó un gran prestigio al «oro de Panamá», aunque

no se extraía de aquí, sino de otros lados.



La agricultura, la pesca y la caza les dieron alimento. Pero estos grupos no solo se dedicaron a subsistir. Demostraron tener mucha creatividad y un ingenio especial para aprovechar los recursos naturales y convertirlos en artefactos y utensilios.

En días de fiesta bailábamos, cantábamos y nos divertíamos al son de instrumentos musicales hechos con maderas, cáscaras y frutos secos.

En la alfarería del Gran Darién se decoraba la superficie de las vasijas con técnicas que producían verdaderas obras de arte.

Con las conchas de ostión (*spondylus*) extraídas del golfo de Panamá se fabricaban collares y pendientes que se convirtieron en símbolos de un alto estatus social. Estas joyas eran más valiosas por sus diseños que por la materia prima con las que eran elaboradas: así de importante era la calidad del trabajo que hacían.

Una vez les pedí que me hicieran un collar con estas conchas, pero me contestaron que el collar sería demasiado grande y que se me vería extraño. También me dijeron que yo me veía bien así: verde y natural. Y creo que tenían razón.

Con la introducción de la orfebrería, las piezas labradas en oro vinieron a reemplazar las conchas *spondylus* debido a su brillo, durabilidad y resistencia. Recuerdo que una tarde de verano, como muestra de amistad, le regalé a mi amigo Coti un atardecer con unos tonos naranjas que nunca antes había visto. A cambio, el cacique me obsequió unas pequeñas piezas de oro elaboradas con sus propias manos. Ese intercambio de obsequios significó mucho para mí. Aún conservo sus piezas con cariño, en un lugar especial.

Mi valiosa posición geográfica contribuyó a convertir el sitio de Panamá Viejo en una especie de centro cultural donde se hacían intercambios,



C  
U  
E  
V  
A

F  
E  
S  
T



PIPA

IBLEN  
FRÍA!

CUEVALOST

50  
25  
10

Cueva & Decor

CUEVA  
MODA

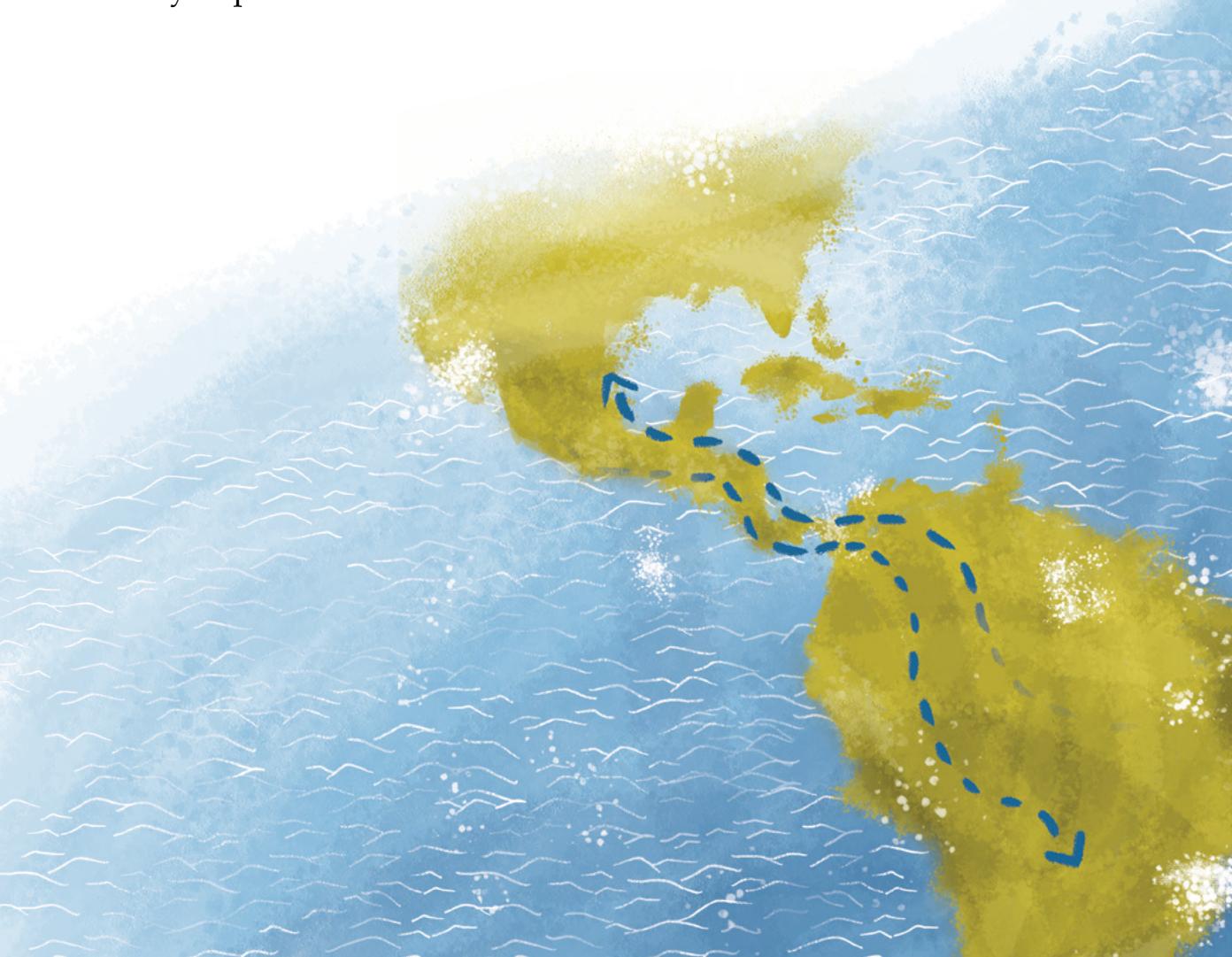
no solo comerciales, sino también de tradiciones y costumbres entre mis pobladores y los habitantes de aldeas vecinas. Existe evidencia de que los estilos decorativos de las cerámicas del Gran Coclé influyeron en la cerámica de Panamá Viejo, e incluso en grupos de áreas mucho más alejadas.

Desde entonces, ya había crecido mi fama como ruta de comunicación y tránsito para personas de Mesoamérica (territorio que abarcaba el sur de México y parte de Centroamérica) y de las islas Antillas, que pasaban por aquí rumbo al sur. También venían muchos pobladores de las regiones andinas rumbo al norte.

30

Estas personas no usaban animales como medio de transporte porque no existían, así que los contactos se hacían a pie o por mar. Tampoco hacían uso del dinero. El trueque era su manera de hacer negocios: ofreciendo bienes o servicios a cambio de otros bienes o servicios.

Era muy interesante ver cómo crecíamos y aprendíamos junto a otras civilizaciones que ya habían hecho avances en la ciencia, el arte, la astronomía, las matemáticas y la medicina. Luego llegaron los españoles y cambió el curso de la historia. En esta etapa también jugué un papel muy importante.



$$W = \sqrt{\frac{\sum (P_{ij} - P_{0j})^2}{2}} + \frac{Y_{0j}}{Y_{ij}}$$
$$\frac{6X^2}{2} - \frac{b + \sqrt{b^2 - 4ac}}{2a} \quad x = 2 \quad y = 7$$
$$GOS$$





||

# Un nuevo mundo

**V**ivir junto al mar es de las cosas que más me gustan de mi posición geográfica. Me encanta adentrarme en ambos océanos y charlar con los peces, crustáceos y mamíferos que habitan en mis costas.

Los calamares, por ejemplo, son seres intelectuales, amantes de las matemáticas y de la ciencia ficción. Andan un poco distraídos. Por eso, siempre que me los encuentro están buscando algo que se les perdió.

33  
Los pargos me caen muy bien porque saben mucho de arte y a ellos les debo mis primeras clases de pintura.

Los animales que viven en el mar son increíbles, especialmente los delfines. Son mis favoritos. Todo el tiempo están saltando y contando chistes sobre tiburones. Me río con ellos y los considero mis verdaderos amigos. Cada vez que pasan las ballenas jorobadas, me avisan para que vaya a hablar con ellas porque saben que me fascinan. Como no es común verlas en mis costas, me gusta aprovechar cuando están de paso para hacerles preguntas sobre otras tierras. Viajan mucho y han vivido tanto que tienen historias muy interesantes que contar.

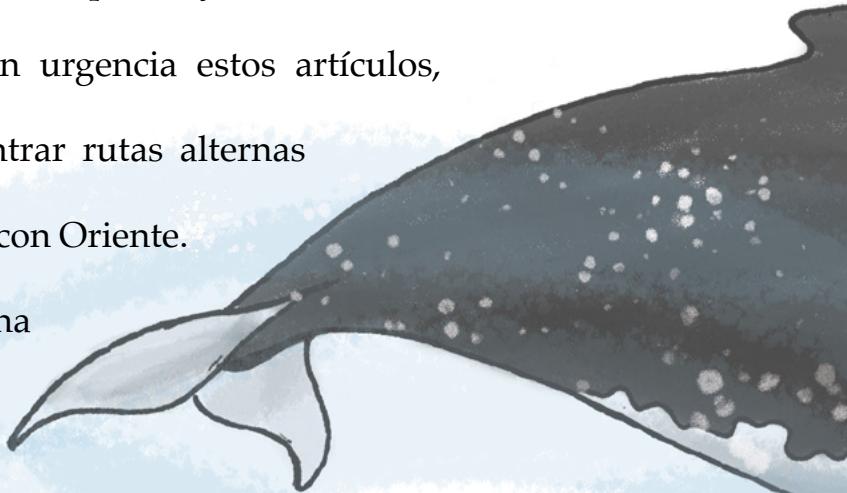
Recuerdo cuando me contaron sobre lo que ocurría en Europa en el siglo XV. No tenía idea de lo que era Europa, pero por cómo la describían, la imaginaba como un lugar inmenso y distante que estaba en guerra.

34

Era el año 1453 y los europeos habían perdido una importante batalla que dio como resultado lo que llamaron la «caída de Constantinopla». Como consecuencia, sus rivales bloquearon las rutas que les permitían

llegar por tierra a Asia, otro continente grande y apartado con el que hacían muchos negocios. Este bloqueo provocó que los productos que traían de Asia aumentaran de precio y se volvieran inaccesibles. Los europeos necesitaban con urgencia estos artículos, por lo que debían encontrar rutas alternas para seguir comerciando con Oriente.

Empezaron a buscar una ruta por mar.



«Son lugares muy lejanos, pero no nos extrañaría que un día aparezcan por acá», me dijeron las ballenas antes de marcharse.

Treinta y nueve años después de aquella conversación, Cristóbal Colón desembarcó en América, el 12 de octubre de 1492.

En esa época, aún no nos llamábamos así. Colón y su tripulación

pensaban que habían llegado a «Las Indias», como solían nombrar al Lejano Oriente. Esa era la razón por la que había emprendido su viaje, como me habían contado las ballenas. Y fueron esas mismas ballenas las que volvieron ese año a narrarme lo que sucedió.

«Es increíble la forma como se dieron las cosas», me dijo una de ellas, llamada Zuleika.

«Prácticamente llegaron por error» añadió su compañera, Yorlenis.

«A mí me lo contó una amiga gaviota que estaba en el puerto de Palos el mismísimo día que Colón zarpó con su tripulación», volvió a intervenir Zuleika.

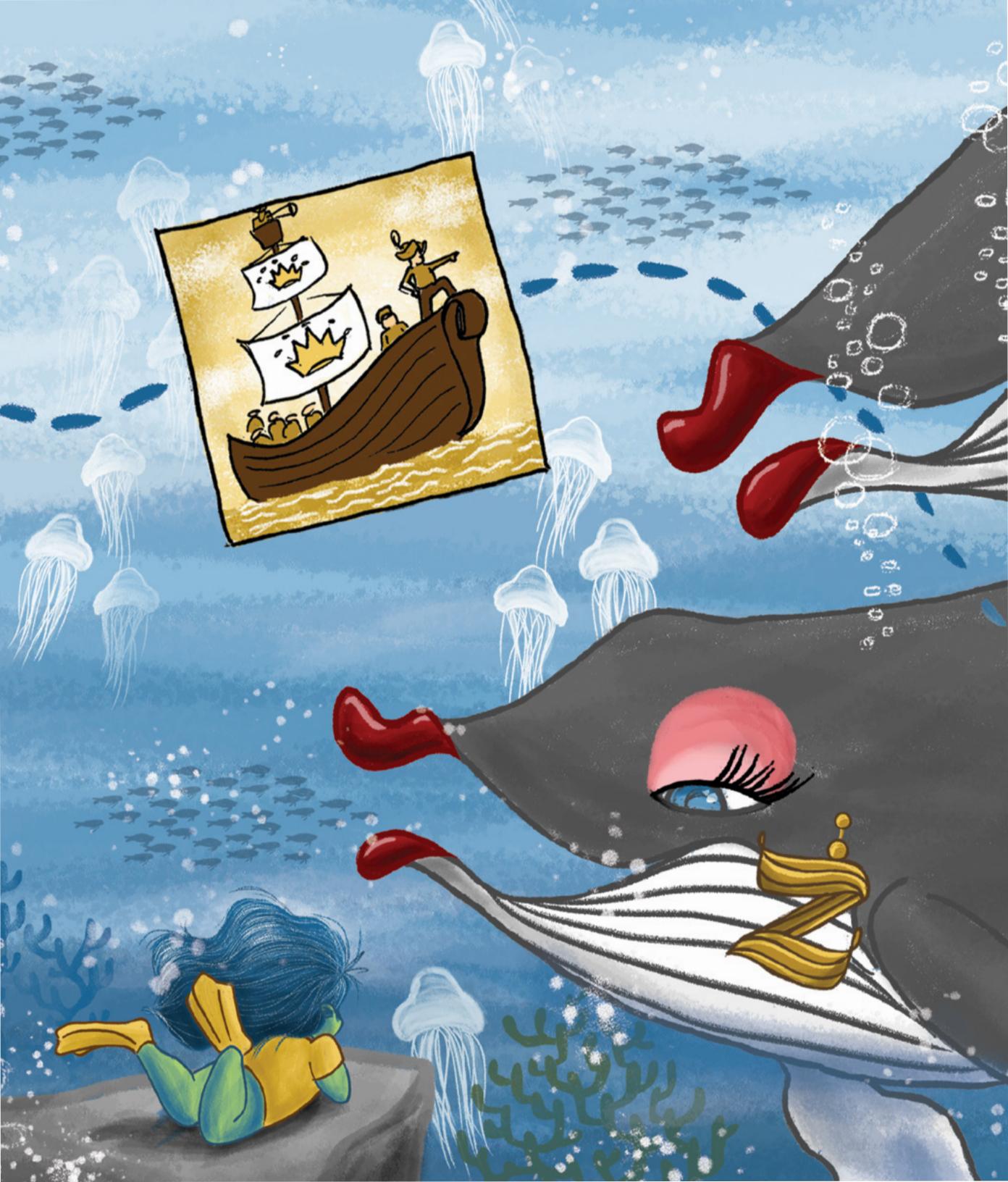
Según las ballenas y su amiga la gaviota, Cristóbal Colón era un

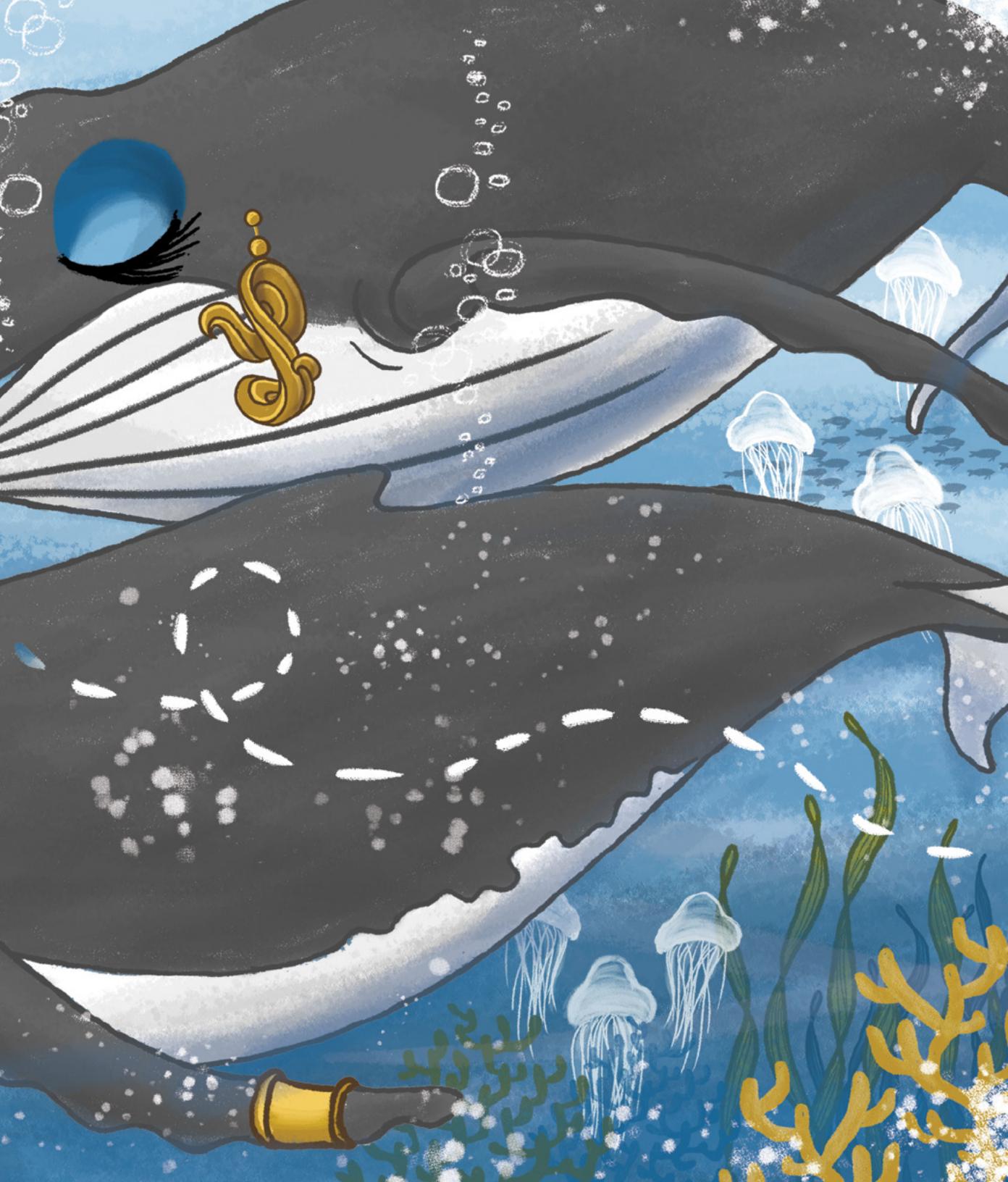
experimentado navegante genovés con conocimientos de cartografía. Había calculado que se podía llegar a Asia navegando por el océano Atlántico y consiguió que los reyes católicos —Isabel I de Castilla y Fernando II de Aragón— le dieran el dinero para su expedición.

Con todo arreglado, zarparon muy ilusionados el 3 de agosto de 1492, sin saber que sus cálculos estaban errados.

«¿Puedes creer que Colón pensaba que la distancia entre España y Japón era entre 3,000 y 5,000 kilómetros, cuando en realidad era de más de 10,000?









¡Imagínate!», me decía Yorlenis muy alterada.

«Y eso sin contar con que existía TODO este continente de por medio», añadió Zuleika, señalando con sus aletas todo lo que había a nuestro alrededor.

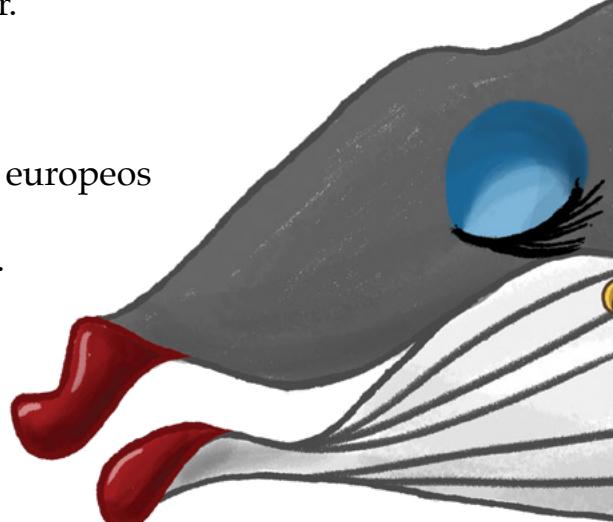
Este error provocó que el recorrido de los europeos tardara mucho más de lo esperado.

A medida que avanzaban, fue decayendo el entusiasmo con el que habían iniciado su travesía.

Sus tripulantes se sentían cansados y

40

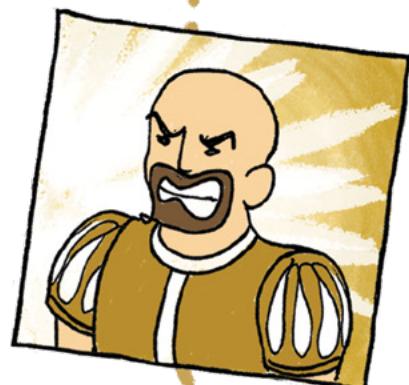
desanimados. Habían pasado demasiado tiempo en el mar sin ver señales de tierra firme. Tenían hambre. Dormían mal. Incluso hubo





varios intentos de abandonar la misión  
y volver a Europa.

«Una prima mía pasó  
nadando cerquita de  
ellos y me contó que discutían muy feo», comentó  
Yorlenis.



Zuleika movía la cabeza de arriba hacia abajo  
en señal de afirmación. «Dos meses y nueve días  
estuvieron navegando hasta que escucharon el grito de '¡Tierra  
a la vista!' y desembarcaron en la isla  
de Guanahani en Las Bahamas. En  
ese momento la bautizaron como San  
Salvador. Colón volvió a España con las



noticias de su travesía. Lo que pasó después te lo contaremos en nuestro próximo viaje». Y así terminó su narración.

A veces sentía que Yorlenis y Zuleika me contaban esas cosas con tristeza. Como preocupadas por mí. Luego jugábamos un rato y se volvían a relajar. Entonces, seguían su camino y yo me quedaba aquí, esperando volver a verlas al año siguiente.

Colón regresó a España y luego volvió a América tres veces más, junto con otros exploradores. Pese a que recorrieron gran parte de este continente, incluyéndome a mí, los españoles seguían creyendo que estaban en Asia. Tuvieron que pasar 21 años para que se dieran cuenta de su error.

Y lo descubrieron aquí, en la provincia del Darién, cuando Panquiaco, hijo del cacique más importante de la costa atlántica panameña, llamado

Comagre, le mostró a Vasco Nuñez de Balboa la existencia de otro mar. Un mar donde ellos navegaban, pescaban y podían llegar a otras tierras. A este gran acontencimiento se le conoció como el «Avistamiento del Mar del Sur», y ocurrió el 25 de septiembre de 1513. En ese momento, los españoles se enteraron de que se encontraban en otro continente. ¡Un continente que no conocían!

Esto marcó un hecho muy importante en la historia, pues representaba un cambio gigantesco en la geografía mundial. ¿Qué sentirías si hoy te dijeran que, a miles de kilómetros de tu país, unos exploradores llegaron a una región que nadie en tu tierra sabía que existía? ¿Te imaginas? ¡Tener que cambiar todos los mapas porque el mundo no es como creías!

Así se sintieron los españoles al saber que existía un nuevo mundo. De hecho, «Nuevo Mundo» fue uno de los nombres con los que los

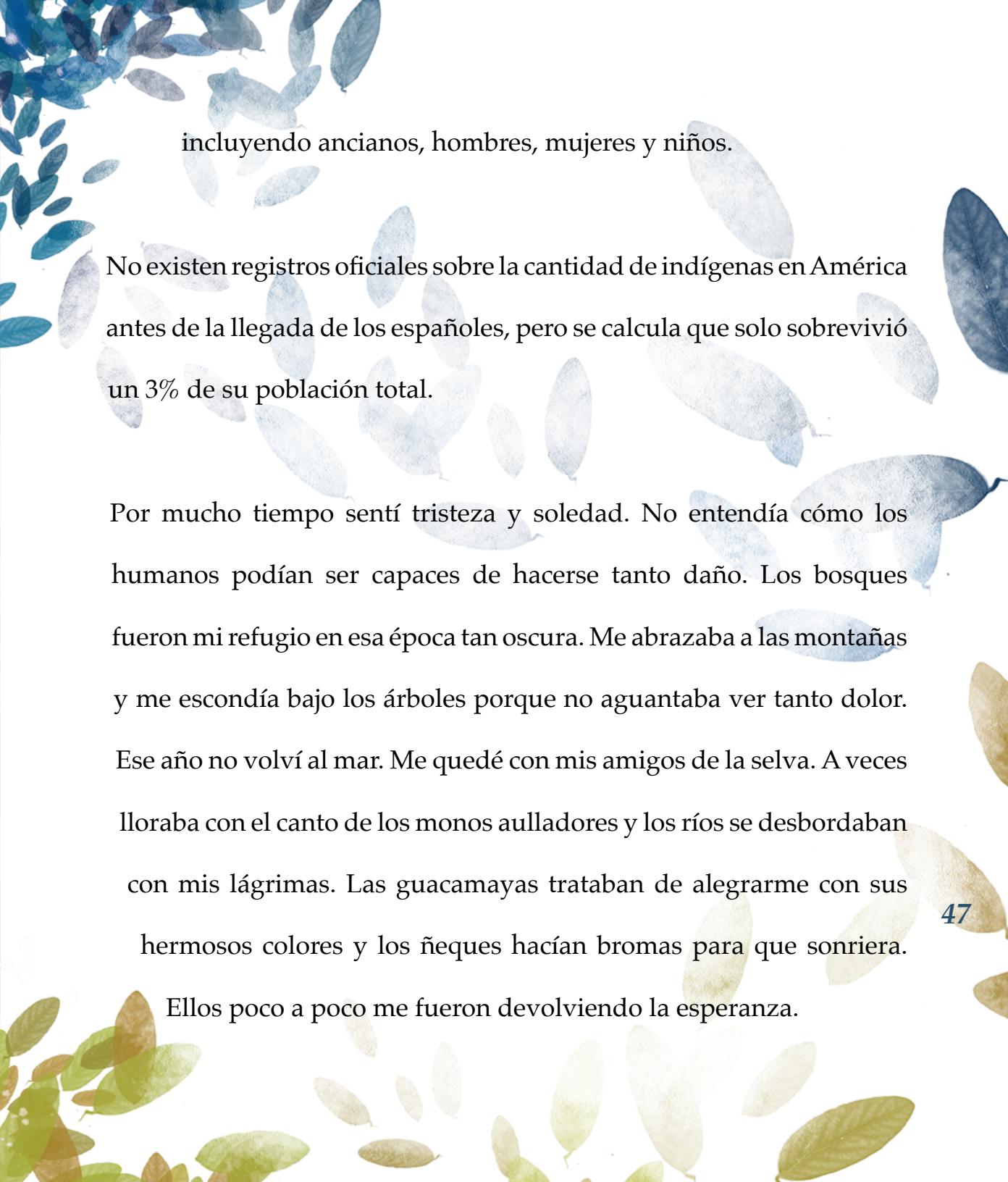


europeos llamaban al continente americano durante el siglo XVI, pues eso era, literalmente, lo que representaba para ellos.

Los reyes católicos, al haber otorgado el dinero que les permitió a los españoles llegar hasta acá, se sintieron con el derecho de obtener el control absoluto sobre estas tierras. Empieza, entonces, un periodo conocido como «la conquista y colonización española en América».

Esa fue una época muy dura y triste para mí. En sus inicios, estuvo marcada por enfrentamientos entre los pobladores originarios y los españoles, en los que los indígenas se llevaron la peor parte: miles murieron en las batallas contra los colonizadores; poblaciones enteras desaparecieron debido a las enfermedades que traían los europeos; y aun cuando los aborígenes lograban sobrevivir a los ataques y a las enfermedades, una gran cantidad de ellos terminó muriendo debido a los trabajos forzados a los que eran sometidos. Perdí muchos amigos,





incluyendo ancianos, hombres, mujeres y niños.

No existen registros oficiales sobre la cantidad de indígenas en América antes de la llegada de los españoles, pero se calcula que solo sobrevivió un 3% de su población total.

Por mucho tiempo sentí tristeza y soledad. No entendía cómo los humanos podían ser capaces de hacerse tanto daño. Los bosques fueron mi refugio en esa época tan oscura. Me abrazaba a las montañas y me escondía bajo los árboles porque no aguantaba ver tanto dolor.

Ese año no volví al mar. Me quedé con mis amigos de la selva. A veces lloraba con el canto de los monos aulladores y los ríos se desbordaban con mis lágrimas. Las guacamayas trataban de alegrarme con sus hermosos colores y los ñeques hacían bromas para que sonriera.

Ellos poco a poco me fueron devolviendo la esperanza.

En 1514, el rey Fernando de Aragón nombró a Pedro Arias de Ávila —conocido también como Pedrarias— gobernador de Castilla de Oro: un territorio que abarcaba desde el área del golfo de Urabá (muy cercano a nuestra actual frontera con Colombia) hasta el río Belén, entre las actuales provincias de Veraguas y Colón. Yo pertenecía a esa región.

Pedrarias zarpó de España a cargo de la expedición más numerosa e importante en el Nuevo Mundo. Su tarea era dominar la tierra firme y encontrar la forma más eficaz y organizada de exportar sus riquezas hacia Europa.

Pedrarias y una tripulación de más de 1,200 hombres desembarcaron en Santa María la Antigua del Darién, frente al océano Atlántico. Esta ciudad la había fundado Vasco Núñez de Balboa ocho años antes, en 1510. El lugar no tenía la capacidad de albergar a tanta gente. Había poco alimento, y muchas enfermedades y resistencia por parte de los

indígenas.

Pedrarias era un experto militar con mucha determinación. Decidió abandonar Santa María la Antigua y se trasladó a las costas del Mar del Sur. El 15 de agosto de 1519, me fundó ¡a mí! Panamá: la primera ciudad española en el litoral pacífico de América.



Sentí que teniendo el título oficial de una ciudad en el llamado Nuevo Mundo, no podía quedarme en las montañas para siempre ni estar triste todo el tiempo. Los tiempos cambian. Empezaba una nueva etapa y yo debía adaptarme a estos cambios. Decidí dejar de esconderme y volví a mi hogar. Aún me quedaban buenos amigos y en poco tiempo hice muchos más.

Mis amigas las ballenas vinieron ese año y me dio gusto volver a verlas.





PANAMA

Ya se habían enterado de lo ocurrido, pues éramos noticia en todo el mundo.

Me abrazaron, jugaron conmigo y me hicieron prometerles no volver a desaparecer cuando las cosas se pusieran difíciles.

«Ven al mar cuando estés alegre y vuelve al mar cuando estés triste, ¿de acuerdo?», me pidieron antes de irse.

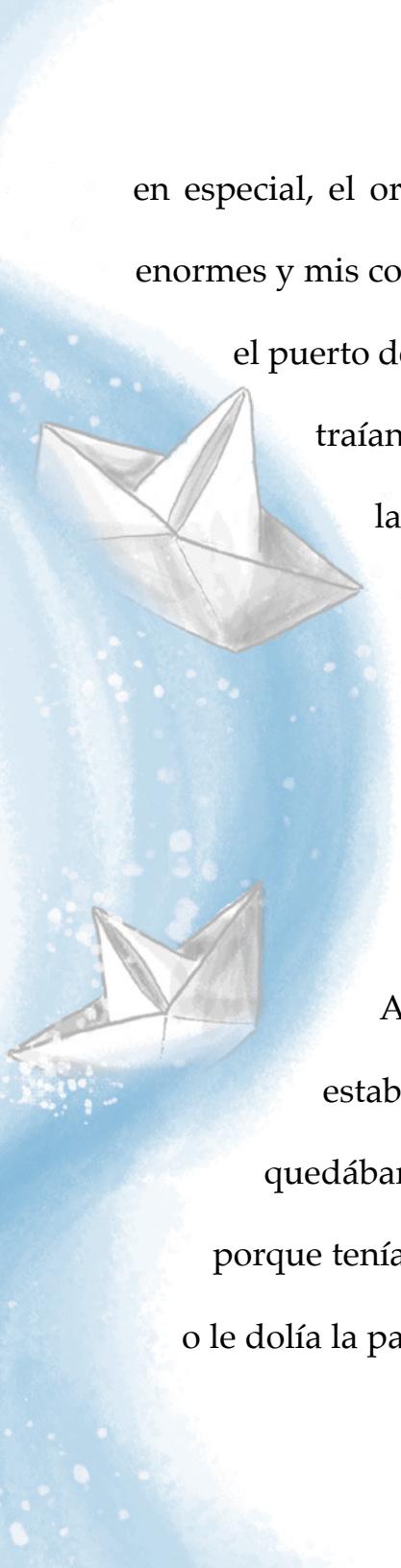
Una vez más las vi partir y una vez más me quedé aquí con la ilusión de verlas el año siguiente. En ese momento decidí que quería ser una ciudad alegre e importante. Una ciudad que la gente quisiera conocer, en la que se sintieran felices de vivir o a la que quisieran volver. Una ciudad noble y leal: la ciudad de Panamá.



# Un triángulo de amistad

Padrarias mandó a construir una ruta de transporte que iba desde donde estaba yo, en el lado del Pacífico, hasta Nombre de Dios, ubicada en el lado del Atlántico, conectando así ambos océanos. Se llamó «triángulo estratégico» a la unión entre la desembocadura del río Chagres, Nombre de Dios y yo. Este triángulo dinámico servía como estrategia de transporte y como estrategia de defensa.

Con la puesta en marcha del triángulo, los españoles llegaban a mí con muchas de las riquezas que se obtenían en Suramérica;



en especial, el oro y la plata proveniente del Perú. Los barcos eran enormes y mis costas eran poco profundas, así que desembarcaban en el puerto de la isla Perico, bastante cerca de mí. Además del oro, traían muchísimos objetos de valor. Era impresionante ver la cantidad de tesoros que cruzaban por mis tierras. Los territorios de Suramérica eran mucho más ricos de lo que jamás hubiera podido imaginar. Se estima que entre 1551 y 1660, el 60% de todo el oro que ingresó a España pasó por Panamá.

A Nombre de Dios había que cuidarla mucho porque estaba chiquita y se enfermaba con frecuencia. A veces quedábamos para jugar a una hora y había que cancelar porque tenía gripe, la había picado un insecto, andaba con fiebre o le dolía la panza. Muy pocas veces se le veía tranquila y feliz.

Nos comunicábamos a través del río Chagres. Nombre de Dios me escribía en barquitos de papel que la corriente me traía y yo le contestaba en las hojas más grandes que caían de mis árboles. Se las enviaba con las sardinas que nadaban en las aguas del Chagres o con las guacamayas que vivían en mis bosques.

El río Chagres y yo hablábamos a menudo. Era muy alegre, siempre estaba lleno de vida y le gustaba cuidar de los animales que vivían en él. Se reía en alto y con mucha facilidad. Me gustaba oírlo cantar porque revolvía sus piedras en el fondo y era como un instrumento musical que él mismo se inventaba. Ambos le teníamos cariño a Nombre de Dios y nos preocupábamos por ella.

56

Yo solía sentarme en la orilla a ver los barcos desembarcar junto a las águilas, los halcones, los elanios y otras especies que venían a visitarme y alimentarse en mis playas.



¿PUEDES  
JUGAR?

Limpieza  
de la selva

NO PUE DO

LA TARDE?

CAMINO DE CRUCES

GATIPE

TEN GO

RÍO CHAGRES

CAMINO REAL

EN

LA TARDE?

CAMINO DE CRUCES

Estas aves viajaban mucho y, por lo general, estaban en las costas; de modo que, además de cazar sus presas, eran las primeras en enterarse de las noticias que venían por mar.

Un halcón peregrino me contó que los españoles querían asegurarse de ser los únicos en comercializar con el Nuevo Mundo y que por eso fundaban ciudades en puntos clave de ambos océanos —como Nombre de Dios, Chagres, yo y, más adelante, Portobelo— para evitar que otras naciones interviniieran en sus negocios.

«A muchos países europeos, como Inglaterra y Francia, no les ha gustado eso porque ellos también quieren venir a América en busca de dinero y tesoros. Eso me tiene muy

preocupado porque atrae a los corsarios y piratas», mencionó mi amigo Elanio Tijereta, abrazándome con sus enormes alas.

Yo le acariciaba la cabeza para consolarlo, aunque parecía que más bien era él quien quería consolarme a mí. Me cae muy bien Elanio. Es un gran amigo.

En esa época, no sabía la diferencia entre un corsario y un pirata. Para mí, ambos eran hombres que venían en barcos a saquear y destruir ciudades. Y aunque en esencia eran casi lo mismo, aprendí que existían diferencias entre uno y otro.

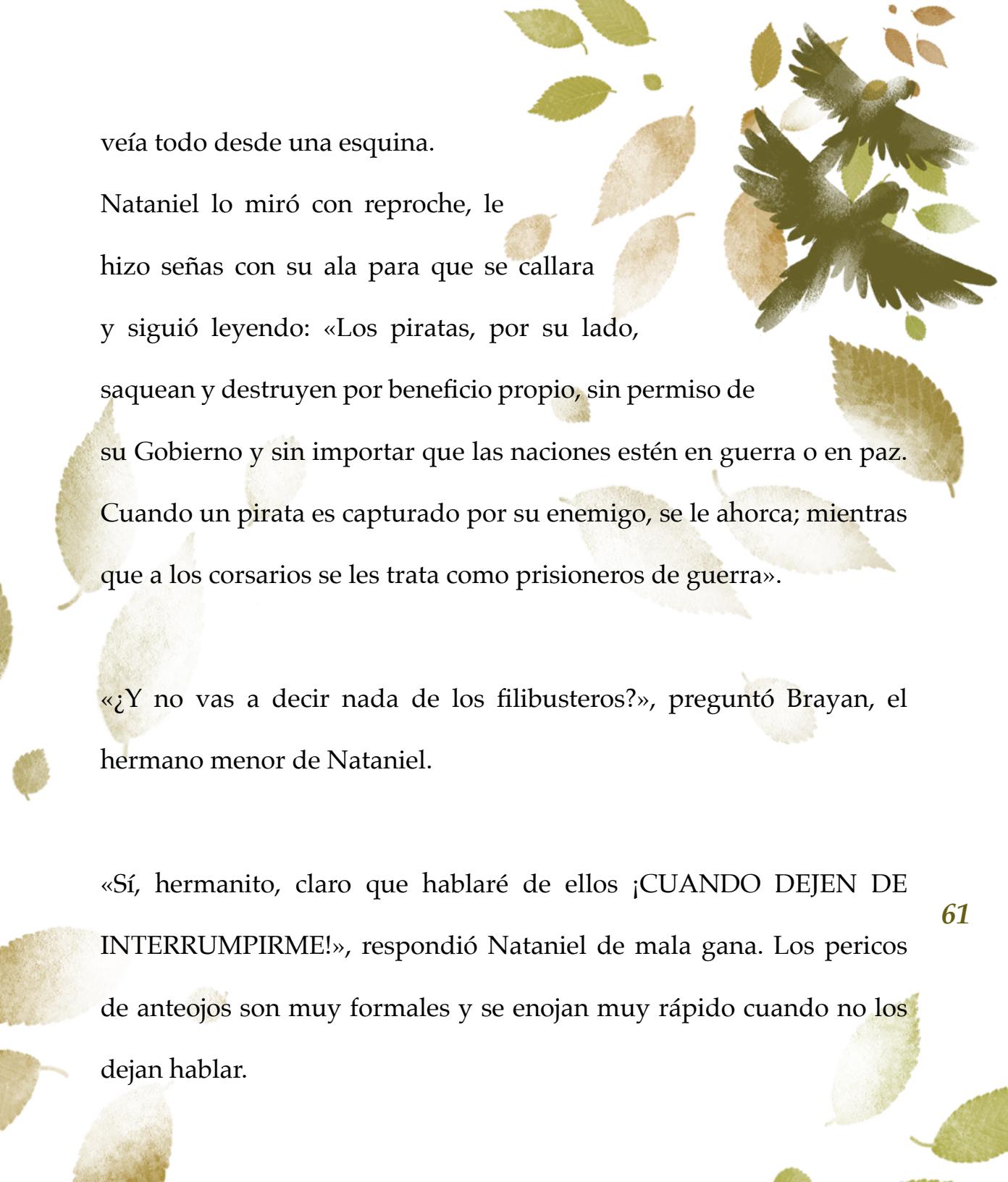
Eso me lo enseñaron los pericos de anteojos.

Aparecieron cargando unos libros más grandes y pesados que ellos mismos. Decían que

eran los más indicados para hablar del tema porque su familia era la especie favorita de los piratas. Los pericos de anteojos son los pericos más pequeños que tengo. Son tiernos, inteligentes y se la pasan leyendo todo el día.

«Vamos a empezar con los corsarios», indicó uno de ellos, llamado Nataniel, y abrió su enorme libro en una página donde aparecía un hombre de barba larga sobre la proa de un barco. Nataniel se paró en frente de nosotros y empezó a leer: «Los corsarios tienen permiso de su Gobierno para atracar naves y saquear puertos de naciones enemigas, solo en tiempos de guerra. Los tesoros que consigan se dividen entre el Gobierno y el corsario».

Luego pasó la página y apareció la figura de un hombre barbudo cargando un tesoro. En su hombro llevaba un loro con un mapa. «Oye, ¡yo conozco a ese loro! ¡Es primo mío!», replicó un loro cabeciazul que



veía todo desde una esquina.

Nataniel lo miró con reproche, le hizo señas con su ala para que se callara y siguió leyendo: «Los piratas, por su lado, saquean y destruyen por beneficio propio, sin permiso de su Gobierno y sin importar que las naciones estén en guerra o en paz. Cuando un pirata es capturado por su enemigo, se le ahorca; mientras que a los corsarios se les trata como prisioneros de guerra».

«¿Y no vas a decir nada de los filibusteros?», preguntó Brayan, el hermano menor de Nataniel.

«Sí, hermanito, claro que hablaré de ellos ¡CUANDO DEJEN DE INTERRUMPIRME!», respondió Nataniel de mala gana. Los pericos de anteojos son muy formales y se enojan muy rápido cuando no los dejan hablar.



## CORSARIO

Tienen permiso de su gobierno para atracar naves y saquear puertos de naciones enemigas, solo en tiempos de guerra.



## PIRATA

Saquean y destruyen por beneficio propio sin permiso de su gobierno y sin importar que las naciones estén en guerra o en paz.





## FILIBUSTERO

Operan únicamente en el territorio del Caribe. Crearon la hermandad de La Costa y tenían sus propias leyes. Decidían cuánto pagar por perder una mano o pierna en un combate.



## BUCANERO

San cazadores de animales salvajes. Matan vacas y cerdos que luego cocinan y venden a embarcaciones. Como no pagan impuestos son muy perseguidos por la ley.



«¡Yo fui filibustero», gritó un perico carasucia con voz grave desde la rama de un árbol y bajó volando hasta donde estábamos sentados. Se veía viejo y maltratado. Tenía muchas cicatrices en el cuerpo y, por su acento, se notaba que no era de aquí. Cuando descendió en la arena y caminó hacia nosotros, nos dimos cuenta de que cojeaba porque tenía una pata de palo.



«¡Ese es Lodo Venenoso! Recuerdo haber visto su cara en un anuncio donde ofrecían una recompensa por su captura», comentó en voz baja un águila pescadora.

Se notaba que Lodo Venenoso era de esos seres que han vivido muchas aventuras y que se la han visto difícil en la vida. De cierta manera, imponía una especie de respeto.

Todos nos quedamos callados cuando llegó. El periquito de anteojos comprendió que era el momento de cerrar su libro y le cedió su lugar.

«Con la llegada de los corsarios y piratas a América, aparecieron los filibusteros. Y sí, yo me uní a ellos y fui compañero de viaje de uno de cuyo nombre no quiero acordarme», comentó Lodo Venenoso con nostalgia. «Los filibusteros solo operan en el territorio del Caribe y suelen atacar embarcaciones pequeñas sin alejarse mucho de la costa. A mí compañero lo conocí en Jamaica y juntos atracamos en varias islas. Esos filibusteros están bien organizados. Crearon una sociedad llamada la Hermandad de la Costa, de la que también fui miembro. Teníamos nuestras propias leyes y decidíamos cuánto se le pagaba a los compañeros que perdían una mano, una pierna o un pie en combate».

Cuando dijo eso, enseñó su pata de palo y muchas de las aves que me acompañaban lanzaron sonidos de asombro. Lodo Venenoso siguió

narrando su historia:

«Algunos gobiernos europeos llegaron a patrocinarnos para que atacáramos a naciones enemigas, de modo que muchos filibusteros éramos algo así como un punto medio entre el corsario y el pirata. Cuando yo era filibustero conocí a los bucaneros. Oh, sí... A esos seguro que nunca los han visto, ¿verdad?», preguntó con arrogancia. Nadie le contestó.

«Los bucaneros también operan en el mar Caribe. Yo pensaba que el término provenía de la palabra «buque», pero en realidad viene de la palabra francesa *boucan*, que se refiere al procedimiento especial con el que asan y ahúman la carne. Los bucaneros son cazadores de animales salvajes. Se adentran en las montañas de las islas, matan vacas y cerdos que luego cocinan, ahúman y venden a las embarcaciones que pasan en el área. Como no pagan impuestos, son muy perseguidos, y poco a poco se están quedando sin trabajo. Así, muchos terminan dedicándose

al robo en los puertos o volviéndose piratas. Es común que un pirata se convierta en corsario o que un bucanero se vuelva filibustero —concluyó Lodo Venenoso.

Luego nos miró, uno por uno, a todos los que estábamos frente a él y añadió: «Miren, amigos, ya no me dedico a eso y, la verdad, me da igual cómo se llamen esos hombres, de dónde vienen o si están autorizados para robar o no. Los conocí bien y no confiaría en ninguno de ellos. Les aconsejo que tengan cuidado. Demasiadas riquezas son transportadas a través de estos caminos y eso los convierte en el blanco ideal. No me extrañaría que en cualquier momento aparezca un pirata o un corsario por aquí».



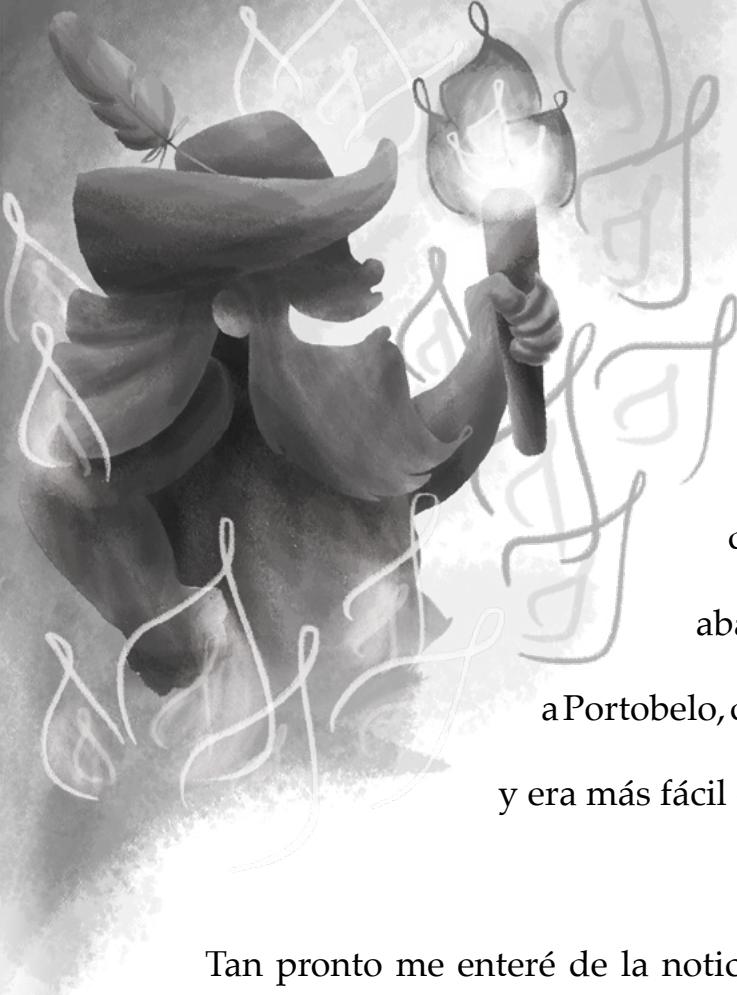


Y con esas palabras, levantó vuelo, sin despedirse de nadie, en dirección al horizonte.

El sol empezaba a descender y todas las aves se quedaron junto a mí hasta que oscureció. Me pareció que fue su manera de demostrarme que seguirían conmigo, sin importar lo que pasara.

En 1572, Nombre de Dios fue asaltada por el corsario inglés Francis Drake y al año siguiente, volvió a atacarla. La misma Nombre de Dios me contó que fue tanta la cantidad de oro y plata que Drake le robó, que el corsario tuvo que dejar parte de la fortuna en tierra firme porque no tenía suficiente espacio en sus barcos para llevársela toda.

Después de esos ataques, mi amiga quedó muy mal. El río Chagres y yo la visitábamos a menudo porque casi no venía a jugar. La veíamos muy débil y nerviosa. Cualquier ruido la asustaba.



Drake volvió a Nombre de Dios en 1596 y la incendió. Fue horrible. La pobre quedó en un estado tan deteriorado que los españoles prefirieron abandonarla y decidieron mudarse a Portobelo, que estaba en mejores condiciones y era más fácil de fortificar.

Tan pronto me enteré de la noticia, corrí a visitarla, temiendo lo peor. Los pocos habitantes que le quedaban me llevaron donde ella. La tenían tendida en una cama y la cuidaban día y noche. Esta vez sí la vi muy acabada, casi irreconocible. Drake le había hecho tanto daño que pensé que no sobreviviría. Me sentí tan triste que no podía parar de llorar.



Lloré tanto que estuve a punto de inundarla. Pero ella, aún en estado grave, me dijo que no me preocupara.

«Me voy a recuperar», me aseguró. «Van a mudar la ciudad a Portobelo. Así no vendrán más piratas. Ya no tendrán nada que robarme. Ahora podré disfrutar de la vida sencilla y tranquila que siempre quise. Ya verás».

Y entonces, me sonrió. No había sonreído en mucho tiempo y eso me dio esperanzas. En ese momento caí en cuenta de mi error al pensar que Nombre de Dios era débil, cuando en realidad era muy fuerte. Sobrevivió a todas sus enfermedades y a los tres terribles ataques de Francis Drake. Nada ni nadie pudo acabar con ella. Me sentí orgullosa de que fuera mi amiga.

Dios como puerto central en la costa atlántica. De esta manera, cambió el «triángulo estratégico». Ahora lo conformábamos Portobelo, el río Chagres y yo.

A diferencia de Nombre de Dios, que era tímida y callada, Portobelo era inquieta y animada. Le encantaba hacer carreras, treparse en las palmeras y bailar. Era graciosa y nos llevábamos bien.

Para defendernos de futuros ataques, los españoles decidieron fortificarnos a los tres miembros del triángulo; sobre todo a Portobelo, que ahora era el centro del intercambio entre España y América.

Construyeron el castillo de San Lorenzo en la boca del río



Chagres para servir como fuerte y centinela del triángulo, desde el litoral del océano Atlántico. También construyeron fortificaciones en el puerto de la cercana isla Perico, en el litoral del océano Pacífico, donde desembarcaban las naves llenas de oro y plata provenientes del Perú, rumbo a Portobelo, para luego cruzar el Atlántico hasta llegar a Sevilla, en el sur de España.

Portobelo, el río Chagres y yo estábamos unidos por el Camino Real y el Camino de Cruces. El Camino Real se hacía solo por vía terrestre y el Camino de Cruces se hacía en parte por tierra y en parte por río.

A pesar de los constantes ataques de corsarios y piratas, cada vez eran mayores las riquezas que se enviaban y recibían entre ambos continentes, en especial desde las costas del Caribe, lo que originó las famosas ferias comerciales. La Feria de Portobelo se convirtió en la más famosa de todas.

Cuando había feria, Portobelo no venía a jugar conmigo porque se ocupaba mucho. La feria ocurría una vez al año y podía durar desde 15 días hasta dos meses. Tan pronto terminaban, ella venía a visitarme y me lo contaba todo.

«¡No tienes idea del tamaño de los barcos!», me decía Portobelo. «Vienen custodiados por buques de guerra desde España. En la última flota conté 50 embarcaciones repletas de productos europeos, como aceites, vinos y telas, que intercambian por artículos y metales preciosos producidos acá; en especial, la plata del Perú. ¡Si vieras el gentío y el alboroto que se forma! Normalmente no tengo más de 400 habitantes y para las ferias ¡llegan hasta 6,000 personas!»

«¿Y en dónde se mete tanta gente?», le preguntaba yo, sabiendo que Portobelo era muy pequeña.



DE-VI-NAS  
TE VAN  
A LUCIR

¡APROVECHE EL  
BARA-BARA-BARA  
TILLCCCCCCCC!

LLEVE LOS  
ÚLTIMOS  
QUE ME  
VOY

LLEVE SU  
MANZANA DULCE

321  
1597  
9809

BellaBella

PORTO  
TECH

Tapatillas



LENTES  
DE ESTRELLITA  
PA LA YEYE  
SÍTA

MODELO  
IMPERIO  
PA' LOS  
MANES  
SERIOS

CorpoBello

Sombreros

\* P  
JOYEROS



«Ni sé cómo hacen. Se acomodan como pueden ¡Es una locura! Pero apenas finaliza la feria, los barcos regresan a España y todo vuelve a la normalidad», me explicaba con una gran sonrisa.

Algo que nos ponía muy tristes a Portobelo y a mí era que en las ferias no solo se hacían intercambios de bienes materiales. También lo hacían con seres humanos. La esclavitud fue un periodo que comenzó en Europa en el siglo XV y, con la llegada de los españoles a América, se prolongó hasta el siglo XIX.

Los buques traían negros esclavizados importados desde África, para venderlos o intercambiarlos en las ferias. Entre los siglos XVI y XIX llegaron a América unos doce millones de africanos esclavizados.

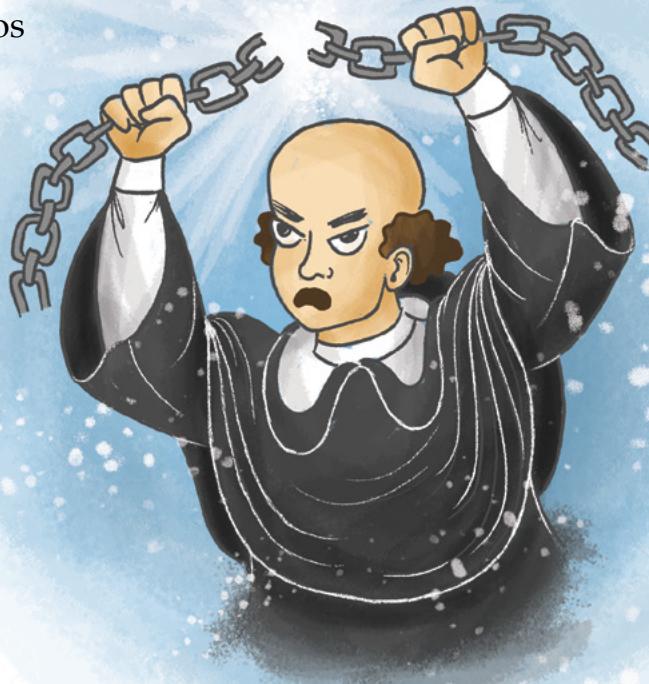
Una de las razones por las que se importaran tantas personas esclavizadas fueron las denuncias que hacían los frailes dominicos

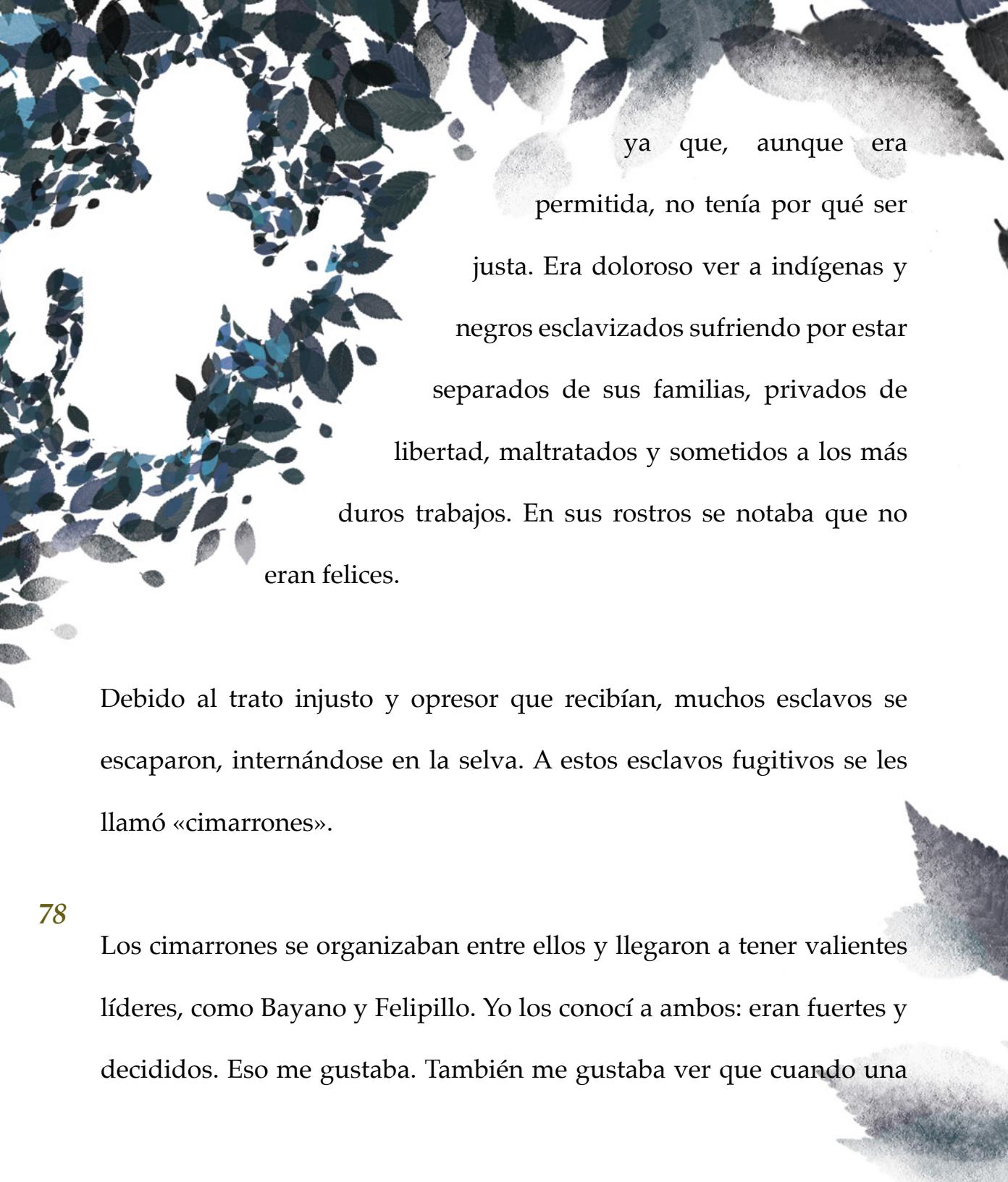
—en especial, Bartolomé de las Casas— de los fuertes maltratos que recibían los indígenas a manos de los españoles.

La reina Isabel de Castilla consideraba a los nativos americanos como sus súbditos y por esta razón no estaba permitido que fueran tratados como esclavos.

Pero la distancia que separaba a ambos continentes complicaba mucho las cosas. Las noticias, los mandatos, las leyes y la justicia demoraban mucho tiempo, a veces meses. Por eso, muchos de nuestros primeros pobladores también sufrieron el trato de esclavos de forma ilegal.

La época de la esclavitud fue una de las épocas más duras para mí





ya que, aunque era permitida, no tenía por qué ser justa. Era doloroso ver a indígenas y negros esclavizados sufriendo por estar separados de sus familias, privados de libertad, maltratados y sometidos a los más duros trabajos. En sus rostros se notaba que no eran felices.

Debido al trato injusto y opresor que recibían, muchos esclavos se escaparon, internándose en la selva. A estos esclavos fugitivos se les llamó «cimarrones».

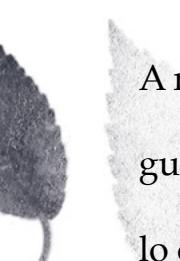
Los cimarrones se organizaban entre ellos y llegaron a tener valientes líderes, como Bayano y Felipillo. Yo los conocí a ambos: eran fuertes y decididos. Eso me gustaba. También me gustaba ver que cuando una



persona esclavizada se escapaba, su rostro tenía una expresión muy diferente. La libertad se parece mucho a la felicidad.



El río que fluye cerca del área donde vivía uno de estos grupos (situado en lo que hoy es el distrito de Chepo) se llama Bayano, en conmemoración a la lucha de este guerrero. Los cimarrones también atacaban las rutas del Camino Real y el Camino de Cruces, por donde pasaban los españoles. Algunos, incluso llegaron a ayudar a los corsarios y piratas en sus ataques, Así ocurrió en 1577, cuando sirvieron como guías del pirata inglés John Oxenham para cruzar el Darién, permitiendo que asaltara las islas del golfo de San Miguel, en el océano Pacífico.



A mí me caían bien los cimarrones y entendía su situación, pero no me gustaban los piratas. Aún recordaba las palabras de Lodo Venenoso y lo que le hicieron a mi amiga Nombre de Dios. Eran tantas las historias





terribles que sobre ellos escuchábamos Portobelo, el río Chagres y yo,  
y sobre lo cerca que andaban de nuestras costas, que sentíamos muy  
próximo el momento en que vendrían a atacarnos.

Cuando en 1602, el pirata inglés William Parker atacó  
Portobelo, llevándose un gran botín de tesoros

provenientes del  
Perú, ya no me quedaron  
dudas de que muy pronto  
vendrían por mí.



# La historia de un pirata

Conocimos la historia de Henry Morgan por insistencia de Granatensis, una ardilla de cola roja, una tarde de verano en la que Portobelo, el río Chagres y yo nos habíamos ido a escalar una montaña cerca del Camino de Cruces. Estábamos descansando bajo un árbol cuando la vimos. Hacía un hueco en la tierra con sus patas delanteras, colocaba una semilla en el fondo y la tapaba. Luego avanzaba unos metros hacia otro hueco, tiraba otra semilla y volvía a cubrirla de tierra. 83

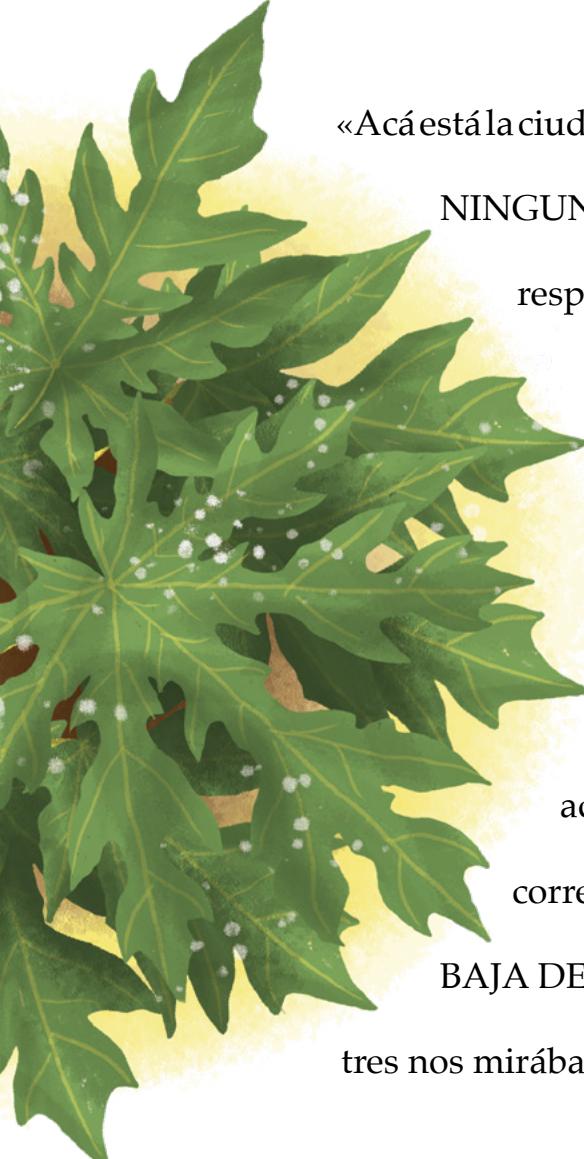
Le pregunté si estaba sembrando árboles y me dijo que no. Un loro frentirrojo le había comentado que Henry Morgan venía a llevarse nuestros tesoros y ella estaba escondiendo lo más valioso para ella.

Los tres nos quedamos en silencio. Sentí una mezcla de ternura y tristeza. Creo que Portobelo y Chagres sintieron algo parecido. Granatensis nos preguntó si sabíamos quién era Henry Morgan y le respondimos que no.

«¡AMAZONIO! ¡VEN ACÁ!», gritó la ardilla en dirección a un frondoso árbol de papaya, a un costado de nosotros.

La cabeza de un loro frentirrojo, con sus enormes lentes oscuros, se asomó entre las ramas.





«¿Qué pasó?», preguntó el loro lleno de curiosidad.

«Acá está la ciudad de Panamá, el río Chagres y Portobelo. ¡Y NINGUNO SABE QUIÉN ES HENRY MORGAN!», respondió Granatensis.

«¿Y qué?», gritó el loro, dando a entender que aquello no era su problema.

«¡Amazonio! ¿Qué te pasa? ¿No piensas advertir a mis amigos del peligro que corren? ¿Acaso no tienes sentimientos? ¡VEN Y BAJA DE UNA VEZ!», reclamó la ardilla. Nosotros

tres nos mirábamos sin saber qué decir.

«Ardillita, tranquila. No queremos incomodar», susurró Portobelo, tratando de calmar a Granatensis.

«Ustedes no incomodan. Esto me pasa todos los días. A Amazonio le encanta hacerse de rogar. Van a ver que ya viene». Y en efecto, el loro salió de entre las ramas y voló en dirección a nosotros.

Cuando estaba muy cerca, se detuvo, bajó sus gafas un poco, como para vernos mejor, y se las volvió a colocar sobre los ojos, mirando hacia ambos lados en actitud sospechosa. «Bueno, les voy a contar quién es Henry Morgan, pero primero deben prometer que, si algún día alguien les pregunta quién les dio esa información, jamás dirán que la escucharon de mí. ¿Entendido?»

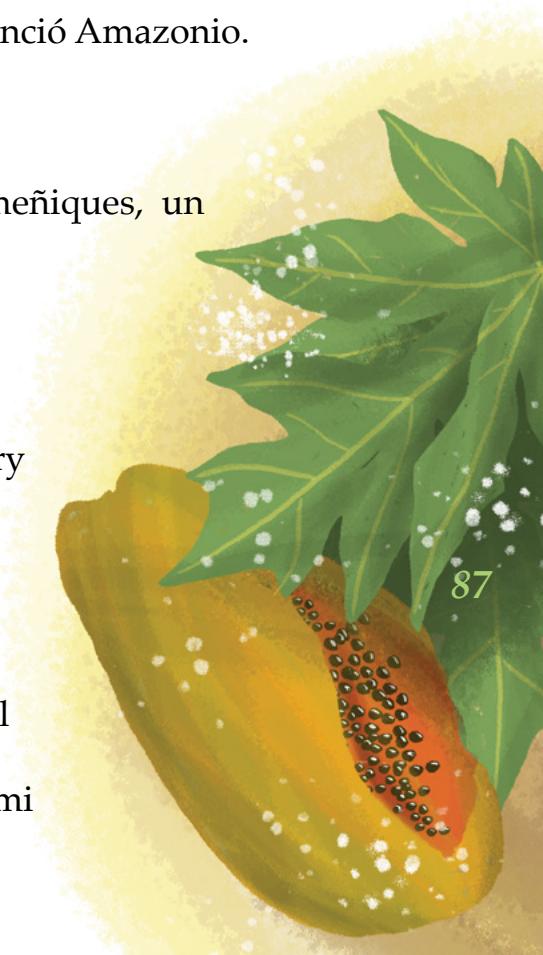
Los tres asentimos con la cabeza. Granatensis lanzó un largo suspiro y murmuró: «Ya empieza con sus condiciones y...» Amazonio no dejó

que la ardilla terminara de hablar y, con gran alboroto, gestionaba para que nos pusiéramos todos muy juntos.

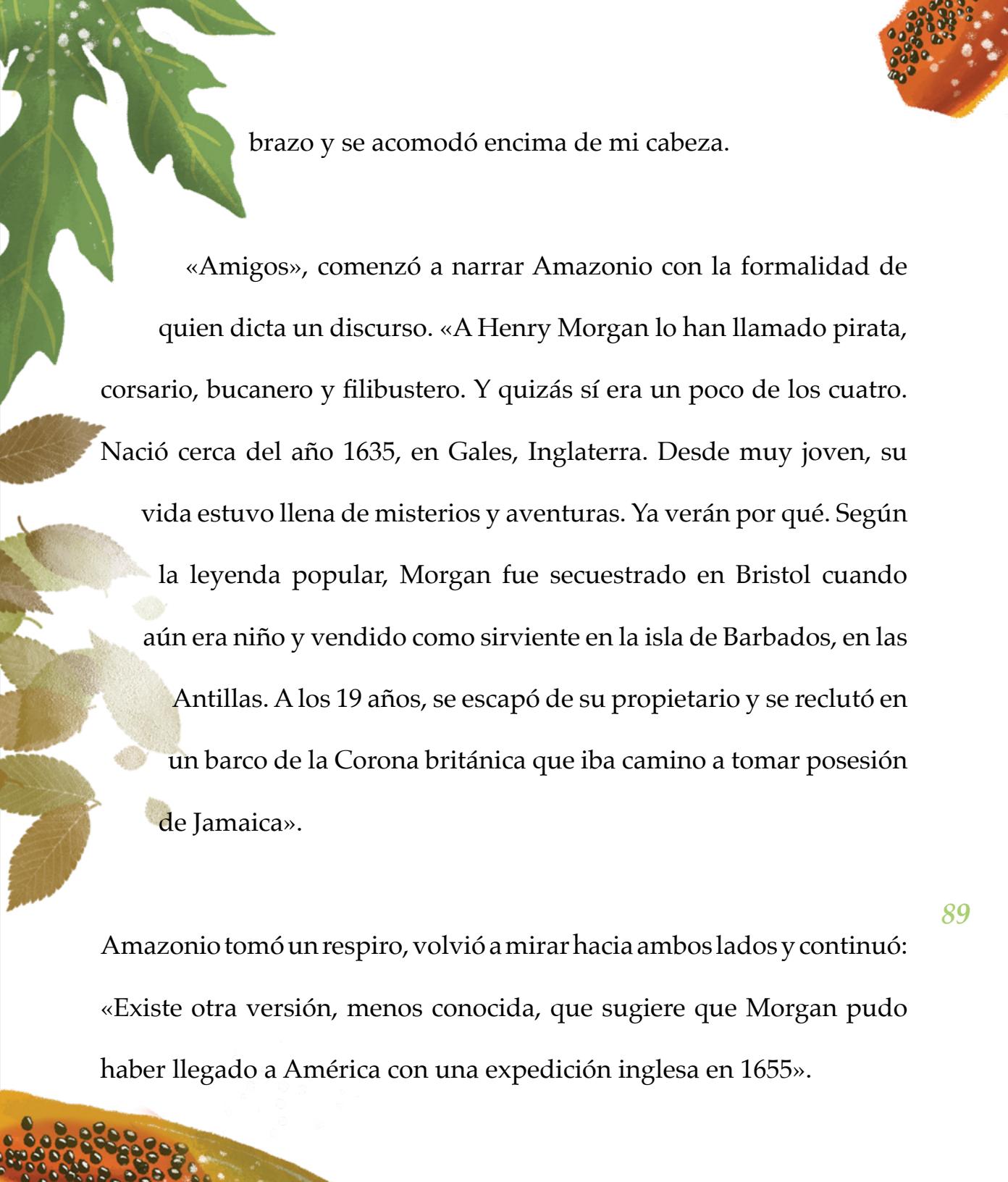
«No, no, no, no... Así no funciona ¿qué clase de promesa es esa? ¿Asentir con la cabeza nada más? ¡Deben prometer de verdad! Hay que hacer la promesa *más fuerte del mundo*: la única, la irrompible, la inigualable. La Promesa del Meñique», sentenció Amazonio.

Hicimos el pacto juntando nuestros tres meñiques, un dedo de ardilla y un dedo de loro.

«Ahora sí. Muy bien. ¿Quieren saber de Henry Morgan? Yo les voy a hablar de Henry Morgan. Pónganse cómodos», propuso Amazonio. Portobelo, Chagres y yo nos recostamos al pie de una montaña. Granatensis subió por mi







brazo y se acomodó encima de mi cabeza.

«Amigos», comenzó a narrar Amazonio con la formalidad de quien dicta un discurso. «A Henry Morgan lo han llamado pirata, corsario, bucanero y filibustero. Y quizás sí era un poco de los cuatro. Nació cerca del año 1635, en Gales, Inglaterra. Desde muy joven, su vida estuvo llena de misterios y aventuras. Ya verán por qué. Según la leyenda popular, Morgan fue secuestrado en Bristol cuando aún era niño y vendido como sirviente en la isla de Barbados, en las Antillas. A los 19 años, se escapó de su propietario y se reclutó en un barco de la Corona británica que iba camino a tomar posesión de Jamaica».

89

Amazonio tomó un respiro, volvió a mirar hacia ambos lados y continuó: «Existe otra versión, menos conocida, que sugiere que Morgan pudo haber llegado a América con una expedición inglesa en 1655».

«A mí esa versión no me convence mucho», interrumpió Granatensis.

«A mí tampoco», coincidió el loro. «Pero espera. Aún existe otra versión: la de Alexandre Olivier Exquemelin, un escritor, filibustero y cirujano francés que lo conoce y lo ha acompañado en muchos de sus viajes. Según Exquemelin, Morgan es hijo de un labrador rico y de buenas costumbres. Pero en su deseo de vivir emocionantes aventuras en alta mar, huyó de la tranquila vida del campo, se fue a la costa en busca de trabajo y consiguió empleo en un barco que partía hacia Barbados. Al llegar a la isla, su empleador lo vendió y al cumplir su tiempo de servicio, partió hacia Jamaica, donde conoció a otros piratas y corsarios que lo entrenaron en los oficios de la piratería».

90

«Eso ya tiene más sentido», agregó la ardillita.

«Así es», coincidió el loro. «Pero Morgan ha negado estos relatos, sobre

9:29 AM

④ 1 0 1/2

henry\_m1635 ✅



Henry Morgan

Pirata

Me gustan los tesoros,  
el pesca'o con patacones  
y hacer buco desorden.

#TuOroESMío

amazonio24, alexquemelin y 50 más  
siguen esta cuenta.

# ¿QUIÉN ES HENRY MORGAN?



PARTICIPANTE #1



PARTICIPANTE #2



PARTICIPANTE #3

todo las versiones sobre su pasado como sirviente, de modo que no existe una versión oficial sobre sus orígenes. Puede que su pasado sea un misterio, pero lo que sí queda claro es que Henry Morgan es un hombre astuto e intrépido. En tan solo tres o cuatro

viajes, logró dominar con gran destreza el ejercicio de la piratería, se unió a otros camaradas y juntos compraron un barco propio. ¿A quién creen que nombraron como capitán de la nave?»

«A Henry Morgan, claro. Lo conociste en ese barco, ¿verdad, Amazonio?», preguntó Granatensis (aunque ya sabía la respuesta).

Amazonio miró hacia la izquierda, luego a la derecha, arriba y abajo. Incluso se fijó si había alguien detrás de nosotros. ¡Y eso que estábamos recostados en la montaña!

«Sí. Fue allí donde lo conocí. Pero eso no lo puede saber nadie», susurró el loro, muy preocupado.

«Puedes contar con nuestro silencio», le aseguré, en representación de los tres.

«Gracias, chicos. Pongan atención. Aún no termino. En Jamaica, Morgan se juntó con un experimentado pirata neerlandés llamado Edward Mansvelt, quien estaba organizando una flota para atacar tierra firme.

Mansvelt, consciente de la audaz inteligencia de Morgan, lo eligió como vicealmirante de la ambiciosa operación. Los piratas zarparon de Jamaica con 15 navíos y cerca de 500 hombres hacia la isla Santa

Catalina, situada en el mar Caribe, entre Jamaica y el istmo de Panamá. Al llegar, forzaron a los españoles a rendirse y se adueñaron de la isla. Ahora, Jamaica y Santa Catalina se han convertido en el centro de operaciones desde donde los piratas salen a atacar, con bastante éxito, ciudades e islas en el Atlántico».

«Santa Catalina está bastante cerca de nosotros», advirtió Chagres.

«Exacto. Y no solo eso», replicó Amazonio. «Morgan ha estudiado muy bien las rutas de transporte de riquezas entre América y España, y ha fijado su atención en el “triángulo estratégico”. Es decir: ¡en ustedes!»

Los tres nos quedamos paralizados al escuchar sus palabras. Granatensis  
94 se agarró de mis cabellos y se apretó contra ellos, como tratando de protegerse o, quizás, de defenderme.

«Ese fue el último rumor que escuché sobre él, amigos. Cuando a Henry Morgan se le mete algo en la cabeza, no descansa hasta conseguirlo. Deben prometerme también que tendrán mucho cuidado», concluyó Amazonio con cierto nerviosismo.

Y, una vez más, los cinco hicimos la promesa del meñique.





# La leyenda se vuelve realidad

Ocurrió una noche a inicios de julio de 1668. El cielo estaba nublado y una brisa cálida agitaba las palmeras en la costa. Portobelo, el río Chagres y yo habíamos pasado el día jugando con unos manatíes que estaban de visita y nos fuimos a dormir temprano.

Días más tarde, nos enteramos de que aquella noche —mientras dormíamos en la quietud de nuestros hogares en

el istmo de Panamá, a cientos de kilómetros de distancia, en la isla de Santa Catalina— Henry Morgan manifestaba a su tripulación su deseo de atacar Portobelo.

Algunos de sus miembros reaccionaron con recelo. A pesar de que contaba con una flota de 12 naves y unos 500 hombres, se consideraban pocos en número para asaltar una de las ciudades mejor fortificadas en tierra firme. Pero Morgan, con su gran poder de persuasión, los convenció con el argumento de que sabían trabajar bien en equipo. Además, cuantas menos personas fueran, mayor sería la cantidad del botín que le tocaría a cada uno. Con ese aliciente, accedieron y zarparon desde Santa Catalina rumbo a Portobelo.

98

Un grupo de búhos de anteojos los vieron desembarcar a la medianoche. Nos contaron que los piratas habían secuestrado a un mulato que conocía el área y lo usaron de guía. Al llegar al primer puesto, maniataron al

centinela y en su compañía rodearon el castillo de Santiago para que nadie pudiera escapar. Morgan pidió a los soldados españoles que se rindieran o de lo contrario haría estallar el castillo. Al ellos negarse, empezó la batalla.

Los piratas lograron dominar el castillo, prendieron fuego a la pólvora y lo hicieron estallar, con todo y españoles adentro. Para ese tiempo, ya Portobelo se había despertado y ayudaba a sus ciudadanos a escapar, mientras otros escondían sus tesoros bajo tierra para evitar que se los robaran. Portobelo me contó que, apenas escuchó los estallidos, se acordó mucho de la ardillita Granatensis y del loro Amazonio.

El gobernador de Portobelo siguió combatiendo a los piratas desde el castillo de San Jerónimo. La lucha entre españoles y piratas empezó al amanecer y se había extendido hasta el mediodía, con pérdidas para ambas partes.





Portobelo me contó que Morgan estuvo a punto de rendirse, pero vio a lo lejos la bandera británica enarbolada sobre uno de los castillos, mientras su tropa gritaba «¡Victoria!» y eso le devolvió la confianza. Le metió más empeño al ataque y vencieron. Muchos españoles murieron, incluyendo el gobernador. Esa noche, los piratas celebraron su victoria, mientras los moradores de Portobelo se hundían en el caos y la desesperación. Portobelo hizo todo lo que pudo por ayudar, pero ella también estaba herida y se encontraba muy mal.

Al día siguiente, los piratas se dieron a la tarea de tomar prisioneros y torturarlos para que revelaran el escondite de sus tesoros.

102

Las noticias sobre la toma de Portobelo llegaron a mí al poco tiempo, gracias a los peces del río Chagres, quienes me contaban todo lo que ocurría y me daban los mensajes que enviaba Portobelo.

En esa época gobernaba en mis tierras el español Agustín de Bracamonte, quien se apresuró a reunir hombres para defender y recuperar Portobelo. Mi primera reacción fue acompañarlos para ver a mi amiga, pero me detuvieron. Era muy arriesgado y de igual manera, no había mucho que yo pudiera hacer. Mis ciudadanos estaban atemorizados, así que me sugirieron que me quedara con ellos y los tranquilizara.

Morgan no le temía a nada. Envió un mensaje al gobernador Bracamonte, pidiendo una suma alta de dinero en rescate por los prisioneros que tenía. Amenazaba con aniquilarlos y volar en pedazos Portobelo si no accedía a su petición. El gobernador de Panamá se negó a pagar la suma y lanzó fuertes amenazas a Morgan, quien ignoró sus palabras y se mantuvo firme en su petición.

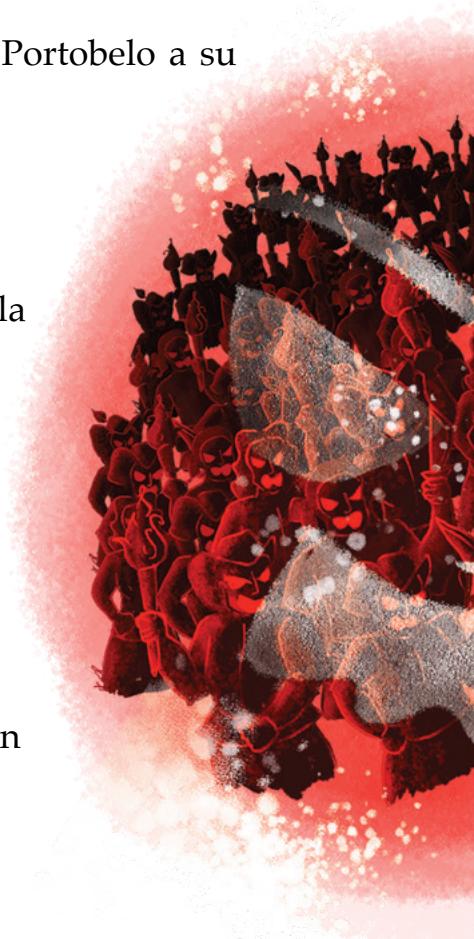


Bracamonte reunió a un grupo de hombres y partió en busca de Morgan, pero fue interceptado en el camino por una banda de 100 piratas armados que lo obligaron a retroceder. El gobernador decidió no seguir peleando con los piratas y abandonó Portobelo a su suerte.

Cuando me enteré de esa noticia, armé mi mochila y decidí ir en defensa de Portobelo. Estaba entrando en la selva cuando me topé con unos monos araña. Venían a toda velocidad para informarme que entre los propios prisioneros habían logrado reunir el dinero que pedía Morgan y serían liberados de su martirio.

104

Con su cínico y avispado sentido del humor, Morgan agradeció la generosa suma de dinero. Además, le envió a Bracamonte una de sus





propias pistolas francesas, diciéndole que con ella se había tomado Portobelo y que él mismo regresaría a buscarla al siguiente año.



Con ese mensaje ya no me quedaron dudas de que Morgan volvería. Con el éxito que había tenido en Portobelo, le sobraban razones para cumplir con su palabra. No solo había adquirido fama y riquezas; además del dinero robado, este primer ataque también le había permitido medir cuánta resistencia opondrían los españoles.

El gobernador le devolvió el arma junto a una sortija de oro, recomendándole que no regresara, aunque sus palabras a Morgan lo tenían sin cuidado.

Los piratas estuvieron en Portobelo más de una semana y se fueron

repletos de tesoros. Tan pronto zarparon sus naves, el río Chagres y yo fuimos a visitar a nuestra amiga Portobelo. Al verla con muletas, llena de vendajes y curitas, me acongojé. Cuando nos vio, se puso muy contenta. Aunque se quejaba de sus muchos dolores, vino a abrazarnos lo más rápido que pudo. Portobelo es así: fuerte y alegre, aún en las peores circunstancias.

Me recordó a Nombre de Dios que, a su modo, también hizo lo mismo. Verlas luchar, a pesar del daño que les habían hecho, me hizo dejar de temerle tanto a Henry Morgan. No había mucho que yo pudiera hacer para evitar un ataque, pero sí podía prepararme para enfrentar el futuro sin miedo, tal y como lo hicieron mis amigas.





# Ardiendo en llamas

Henry Morgan atacó Portobelo en 1668 y, antes de marcharse, amenazó con volver al año siguiente. Como Portobelo era muy fuerte, no demoró en recuperarse y al poco tiempo, volvió a jugar con Chagres y conmigo.

Aunque tratábamos de no hablar mucho del tema, cuando mirábamos juntos el mar, los tres nos preguntábamos si Morgan cumpliría con su palabra. Eso me llenaba de tristeza porque se me hacía muy fácil imaginarlo rompiendo el horizonte con sus barcos.

Portobelo se daba cuenta de mi angustia, me abrazaba y me decía que

vivir con miedo no servía de nada porque lo que hiciera o pensara Henry Morgan estaba fuera de nuestro control y que era mejor disfrutar de la paz que teníamos en ese momento. Portobelo me consolaba de esa manera y enseguida nos poníamos a jugar. Yo la pasaba tan bien y me divertía tanto con mis amigos que, por ratos, hasta me olvidaba de que existían los piratas.

Henry Morgan no volvió en 1669. Eso nos devolvió algo de esperanza y de tranquilidad.

El 23 de diciembre de 1670, cuando pensábamos que ya había abandonado sus planes de asaltarnos, Morgan se tomó la isla de Santa Catalina y desde ahí organizó su ataque, enviando una tropa de 400

110

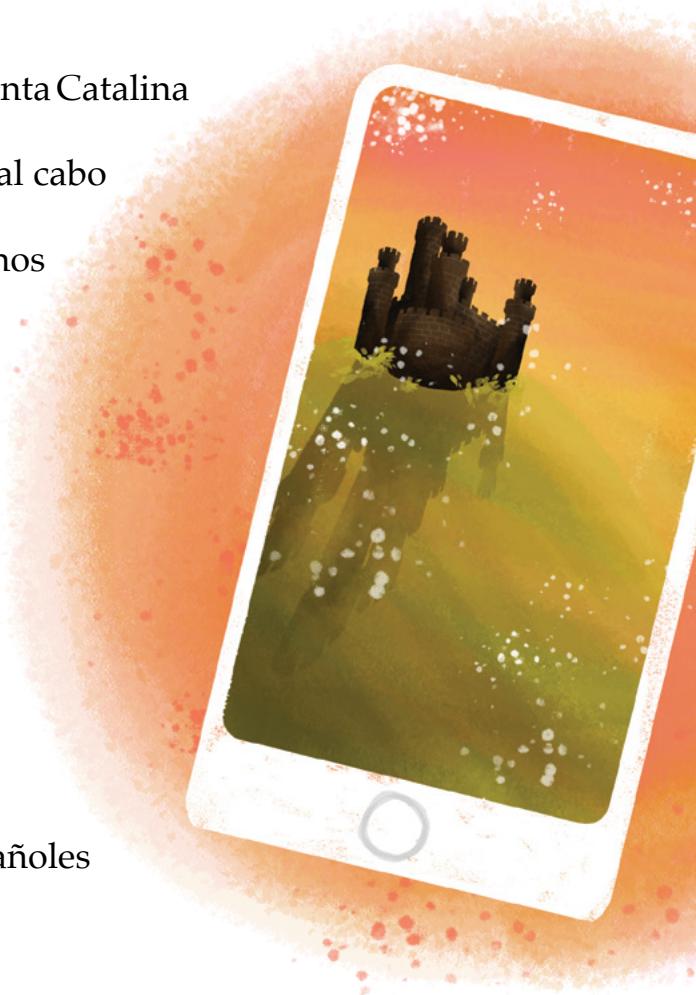
hombres y cinco naves artilladas rumbo al castillo de San Lorenzo.

A mí me encantaba ese castillo. Fue edificado sobre una montaña, desde

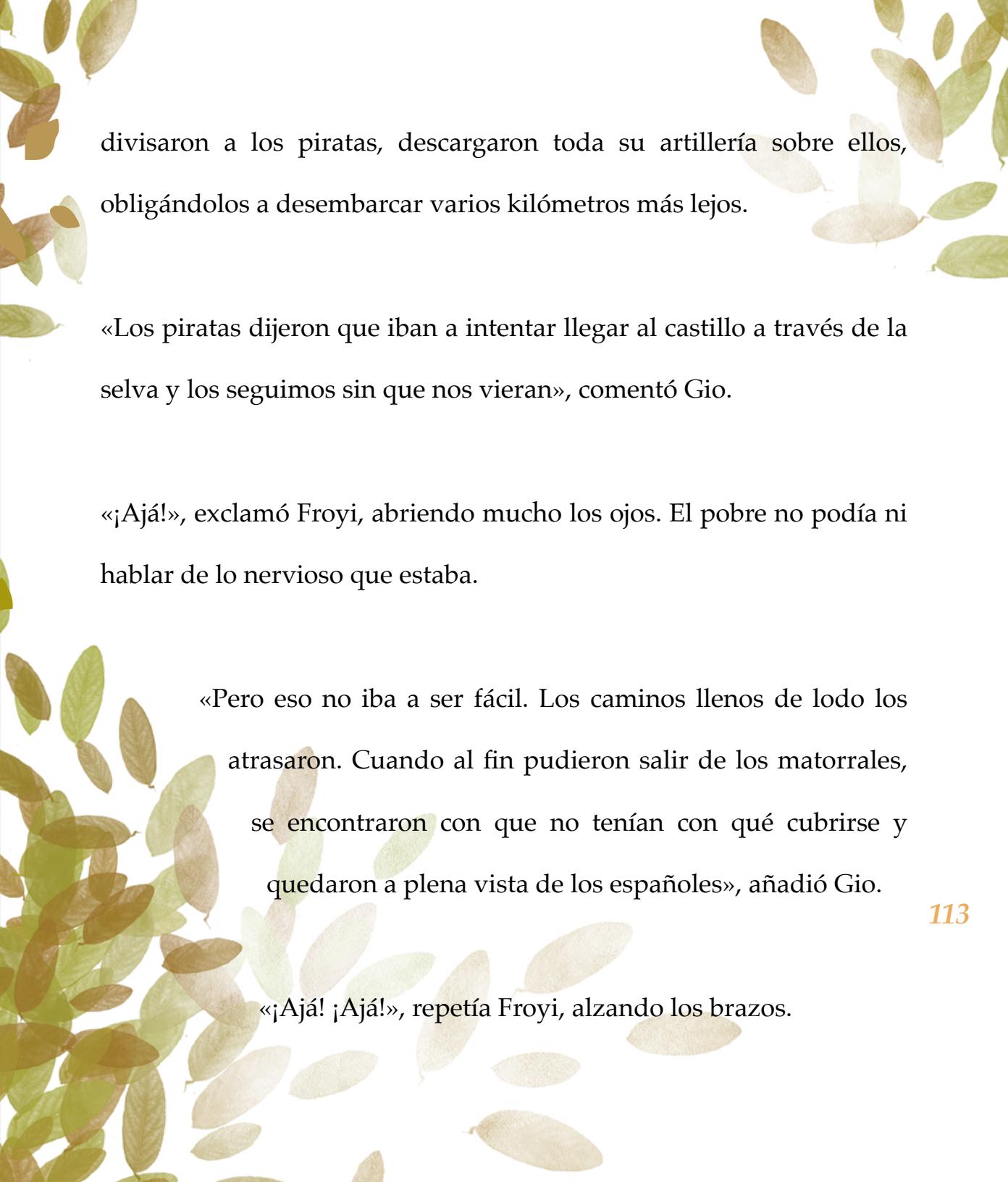
donde se puede ver el río Chagres y la inmensa selva que lo rodea. A veces Portobelo y yo nos sentábamos en su torre a disfrutar de los atardeceres y ella me decía que ese lugar le recordaba las ilustraciones de los castillos de dragones que veía en sus libros de cuentos. Una vez me mostró uno ¡y de verdad que sí se parecía!

Los piratas que habían partido de Santa Catalina llegaron al castillo de San Lorenzo al cabo de tres días. Mis amigos, los hermanos Gio y Froyi —unos monos titíes que vivían en un árbol a la orilla del río Chagres— presenciaron su llegada y vinieron a mí para contármelo todo.

Me dijeron que apenas los españoles







divisaron a los piratas, descargaron toda su artillería sobre ellos, obligándolos a desembarcar varios kilómetros más lejos.

«Los piratas dijeron que iban a intentar llegar al castillo a través de la selva y los seguimos sin que nos vieran», comentó Gio.

«¡Ajá!», exclamó Froyi, abriendo mucho los ojos. El pobre no podía ni hablar de lo nervioso que estaba.

«Pero eso no iba a ser fácil. Los caminos llenos de lodo los atrasaron. Cuando al fin pudieron salir de los matorrales, se encontraron con que no tenían con qué cubrirse y quedaron a plena vista de los españoles», añadió Gio.

113

«¡Ajá! ¡Ajá!», repetía Froyi, alzando los brazos.



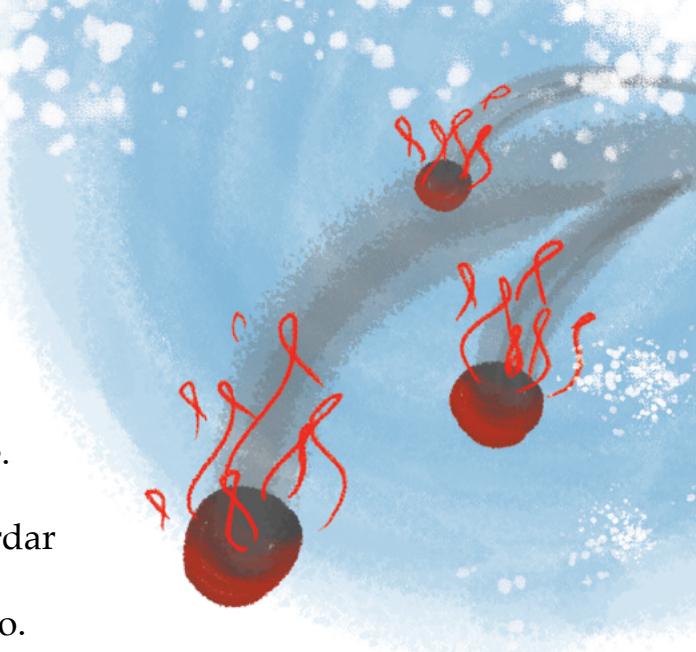
«Los soldados les dispararon con todo lo que tenían. ¡Qué bulla tan grande hicieron! Froyi y yo tuvimos que escondernos porque corríamos el riesgo de que nos dispararan a nosotros», narró Gio.

«¡Ajá! ¡Ujum!», balbuceaba Froyi.

«Muchos piratas murieron y al resto no le quedó otra que retroceder. Los soldados españoles les gritaban a todas voces: '¡Vengan, ingleses! ¡No vamos a permitir que lleguen a Panamá!', agregó Gio.

«¡Ujum! ¡Ujum!», decía Froyi, abrazándose.

«Los piratas acordaron volver a intentarlo bajo la oscuridad de la noche. Llevarán granadas de fuego. En estos momentos, se están armando para el ataque. Froyi y



yo vinimos a avisarte y dejamos  
a los monos jujuná encargados  
de vigilar lo que pasa. Ellos  
vendrán a contarnos más tarde.  
Pronto anochecerá y no deben tardar  
en iniciar el combate», concluyó Gio.

«¡Jum!», ratificó Froyi, un poco más sereno, pero aún bastante exaltado.

Esa noche, los monos tití se quedaron conmigo. A veces era yo quien trataba de calmarlos y otras eran ellos quienes trataban de calmarme a mí. Los tres estábamos muy nerviosos y alterados. Después de cenar, nos fuimos a la cima de una colina y nos pusimos a contar estrellas.

Eso nos ayudó a distraernos mientras llegaban las noticias. En medio de la noche, Gio y Froyi se colocaron uno a mi izquierda y el otro a mi derecha; según ellos, para protegerme.



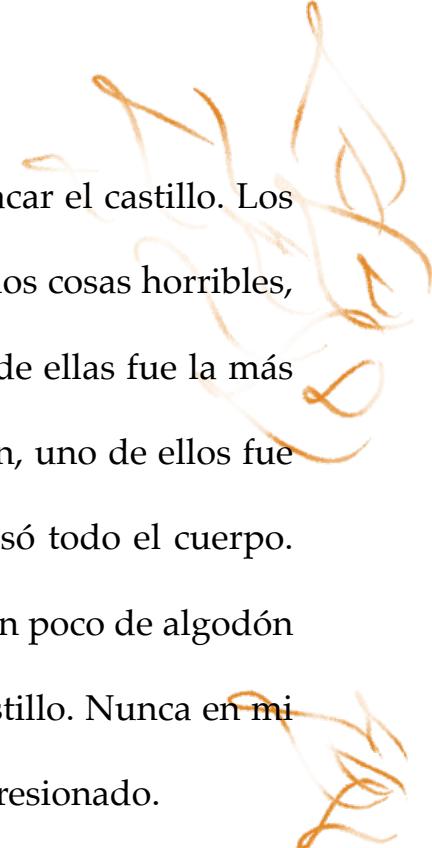
Al poco tiempo, se quedaron dormidos. Yo no pude dormir nada, pensando en cómo estarían las cosas en el castillo de San Lorenzo.

Poco antes del amanecer, sentí un movimiento inusual entre las ramas de los árboles y aparecieron los monos jujuná Otus y Muris, con sus cabezas diminutas y sus enormes ojos color naranja.

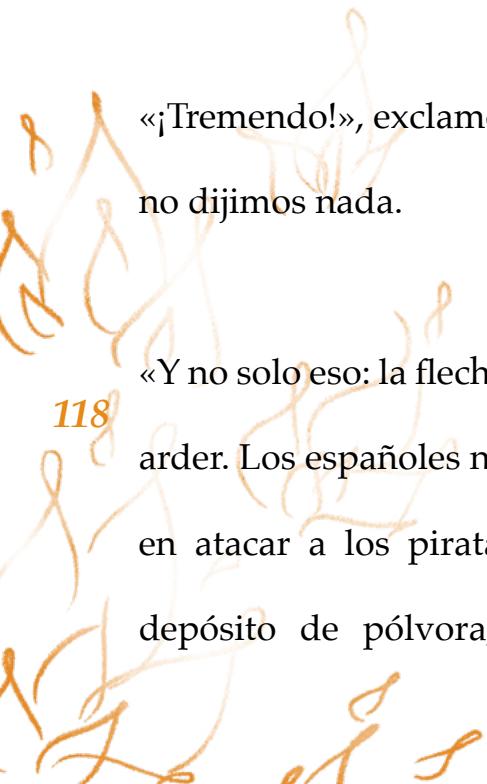
«Hola, Panamá. Vinimos lo más rápido que pudimos», dijo Otus, el líder de la manada. Se le notaba bastante cansado y agitado.

«Fue una noche larga y difícil. De no haber sido por nuestra visión nocturna, no hubiéramos podido contarte con detalles lo que ocurrió», agregó Muris, muy preocupada.

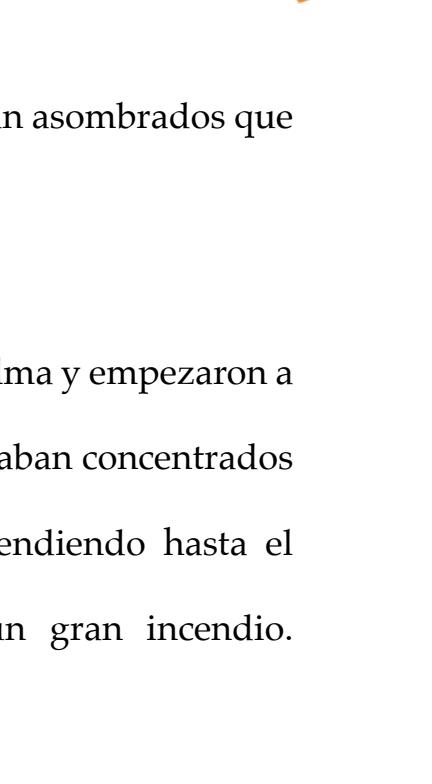
Froyi y Gio se despertaron al escucharlos y se reincorporaron.



«Apenas se ocultó el sol, los piratas volvieron a atacar el castillo. Los españoles seguían disparándoles desde lo alto. Vimos cosas horribles, amigos. Cosas que no queremos ni contarles. Una de ellas fue la más impresionante. A medida que los piratas avanzaban, uno de ellos fue herido con una flecha en su espalda, que le atravesó todo el cuerpo. Este pirata se arrancó la flecha por el pecho, tomó un poco de algodón que traía consigo, le prendió fuego y la lanzó al castillo. Nunca en mi vida había visto algo parecido», dijo Otus muy impresionado.



«¡Tremendo!», exclamó Gio. Froyi y yo estábamos tan asombrados que no dijimos nada.



118 «Y no solo eso: la flecha cayó sobre unas hojas de palma y empezaron a arder. Los españoles no se dieron cuenta porque estaban concentrados en atacar a los piratas, pero el fuego se fue extendiendo hasta el depósito de pólvora, que estalló provocando un gran incendio.

Los españoles tuvieron que ocuparse del fuego y descuidaron a los piratas, que aprovecharon para entrar al castillo. La batalla fue hostil para ambas partes, pero los piratas resultaron vencedores. De los 314 soldados españoles que estaban al inicio, solo 30 quedaron con vida, y de esos, quizás diez

no estén muy malheridos —concluyó Muris muy acongojada.

Una brisa fría sopló entre nosotros. El cielo estaba nublado y, aunque no era tiempo de lluvia, a lo lejos, me pareció que relampagueaba.



«En el camino, vimos a algunos soldados españoles que venían a dar las noticias al gobernador. Esperemos que puedan detener

a los piratas antes de que lleguen acá», agregó Otus.

«Aún hay tiempo para frenarlos. Trata de no preocuparte, ¿sí?», me pidió Muris con ternura.

«Pase lo que pase, siempre podrás contar con nosotros», me aseguró Gio.

«Es cierto. Cuando me pongo nervioso, no me salen más que interjecciones y palabras bisílabas, pero tú sabes que nunca te voy a abandonar», me confirmó Froyi tímidamente. Froyi siempre fue un intelectual. No poder hablar con fluidez en situaciones críticas era algo muy peculiar en él.



Los monos me commovieron mucho, en especial Froyi. Por un lado, ya podía expresarse con normalidad —lo que me indicaba que estaba más calmado— y, por otro, recibir tanto cariño y apoyo de mis amigos siempre me hacía sentir mejor. Los monos titíes y jujunás partieron en la tarde, prometiendo volver todos los días para traerme las últimas noticias.

Me ponía triste no poder ver a Portobelo ni a Chagres ya que, con los piratas en el Istmo, ninguno de los que conformábamos el triángulo estratégico nos podíamos mover de lugar. Nos mandábamos mensajes con los peces, los pájaros, los monos y muchos otros animales de la selva. De hecho, a cada momento llegaba un águila, un ñeque o un cocodrilo con noticias de mis amigos. A veces, en las noches, cuando todos dormían, menos yo, mi amigo el viento venía a hacerme compañía y también me daba mensajes de Portobelo y de Chagres.

El 15 de enero de 1671, Henry Morgan apareció en el castillo de San Lorenzo con el resto de los piratas provenientes de la isla Santa Catalina. Aquella noche, los monos jujuná llegaron a contarme los detalles.

«No vas a creer lo que pasó», anunció Otus.

«Ay, Panamá, tu amigo, el río Chagres hizo algo increíble y la verdad aún no me explico cómo lo logró. Morgan venía muy feliz, celebrando que la bandera de Inglaterra ondeaba en la torre del castillo. Su tropa gritaba y saltaba de emoción. Apenas vio que llegaban los piratas, Chagres movió su corriente en la ribera de tal manera que volteó el barco en el que venía Morgan y otras tres embarcaciones», manifestó Muris con asombro.

«Y ahí no terminó la cosa. En ese momento, tu amigo el viento, sopló tan fuerte que empujó los barcos hasta una roca y las cuatro

embarcaciones quedaron inservibles», reveló Otus.

«Pero a esos piratas parece que nada los detiene. Lograron salvar todas las pertenencias que cayeron al agua. Henry Morgan subió triunfante al castillo y enseguida se puso a dar órdenes y a tomar el control de la situación», añadió Muris.

«Su plan es quedarse tres días en el castillo de San Lorenzo y de ahí partir directo hacia acá», manifestó Otus con gran tristeza.

Escuchaba el relato de los monos  
jujuná y no encontraba la  
manera de



Chagres, al viento y al resto de mis amigos todo lo que hacían por mí.

Sabía desde hacía mucho que

Henry Morgan vendría a atacarme, de modo que sus planes no hicieron otra cosa que confirmar lo que me temía. Me había estado preparado para este momento y ahora solo tocaba esperar.

El 18 de enero de 1671, Gio y Froyi llegaron con la noticia de que Henry Morgan había ordenado a 500 de sus hombres custodiar el castillo de San Lorenzo y a otros 150 quedarse en los barcos anclados en la ribera del Chagres.

124

«Cuando tuvo todo organizado, Morgan gritó con entusiasmo: «¡VAMOS A PANAMÁ!» y partió junto a una tropa de 1,200 piratas divididos en 32 canoas y cinco embarcaciones artilladas», relató Gio muy agitado.

«Pero no te preocupes, Panamá. Les debe tomar al menos una semana llegar a ti y muchas cosas pueden pasar en el camino. Además, para viajar más ligeros, los piratas decidieron no llevar comida, confiando en que podrán robársela en las aldeas que encuentren en su trayecto. Pero, viniendo hacia acá, vimos que los españoles están llevándose las provisiones e incendiando todo a su paso. Los piratas no van conseguir nada que comer en todo su recorrido. Dudo que aguanten tanto».

Froyi tuvo razón. Desde el primer día, en cada aldea los piratas solo encontraban humo y desolación. Los españoles las iban quemando todo a su paso para que no hubiera nada que robar ni comer.

«No solo tienen hambre. También están cansados», me contó Otus.

125

«Tu amigo Chagres bajó mucho su nivel de agua: casi se secó a propósito para que no pudieran navegar por él. Unas nutrias ayudaron a colocar

muchos troncos en su cauce para dificultar el paso de las canoas. Esos piratas no solo están hambrientos; ahora la mayoría debe andar a pie», me contaba, esperanzado, Muris.

Mis amigos solo venían a traerme noticias por la noche para evitar ser atrapados y devorados por los piratas. Yo temía por ellos. Me aterrorizaba que alguno de esos piratas pudiera hacerles daño. Aunque les pedía que no vinieran, todas las noches llegaban a contarme cómo iban las cosas. Cada vez que los veía llegar, deseaba que me contaran que tantas penurias habían obligado a los piratas a devolverse, pero en el fondo sabía que eso no iba a pasar.

«Cuatro días llevan los piratas sin comer. Es tan grande el hambre que tienen, que en uno de esos pueblos encontraron unos sacos de cuero vacíos y eso fue lo que comieron», me relató un jaguar que había visto todo desde la cima de una montaña.

Los días siguieron su curso y los piratas seguían su marcha a través de aldeas abandonadas e incendiadas. El 25 de enero, llegaron al pueblo de Quebrada Oscura, donde fueron atacados por 4,000 flechas lanzadas por indígenas. Eso tampoco pudo frenarlos. Al anochecer, en un último esfuerzo por desanimarlos, mi amiga la lluvia cayó sobre ellos. Los piratas no tenían donde resguardarse y pasaron muy mala noche. El fuerte aguacero no cesó hasta el amanecer.

Pero a la mañana siguiente, los piratas se levantaron y siguieron su camino. Habían llegado tan lejos que ya ni el agua, ni el hambre, ni los españoles, ni los indígenas, ni nada ni nadie podría detenerlos.





ENE

24

ENE

25

A partir de ese día, no necesité que mis amigos vinieran a contarme lo que sucedía. Con mis propios ojos los vi escalar una de mis montañas. Al llegar a la cima, los escuché gritar de emoción porque tenían el mar a la vista.

Por años los había imaginado llegar a mis costas en sus enormes barcos, sus banderas ondeantes, sus gritos y sus cañones. Pero la realidad fue muy distinta. Llegaron caminando, o más bien marchando. Aquello se sintió diferente, aunque igual de aterrador.

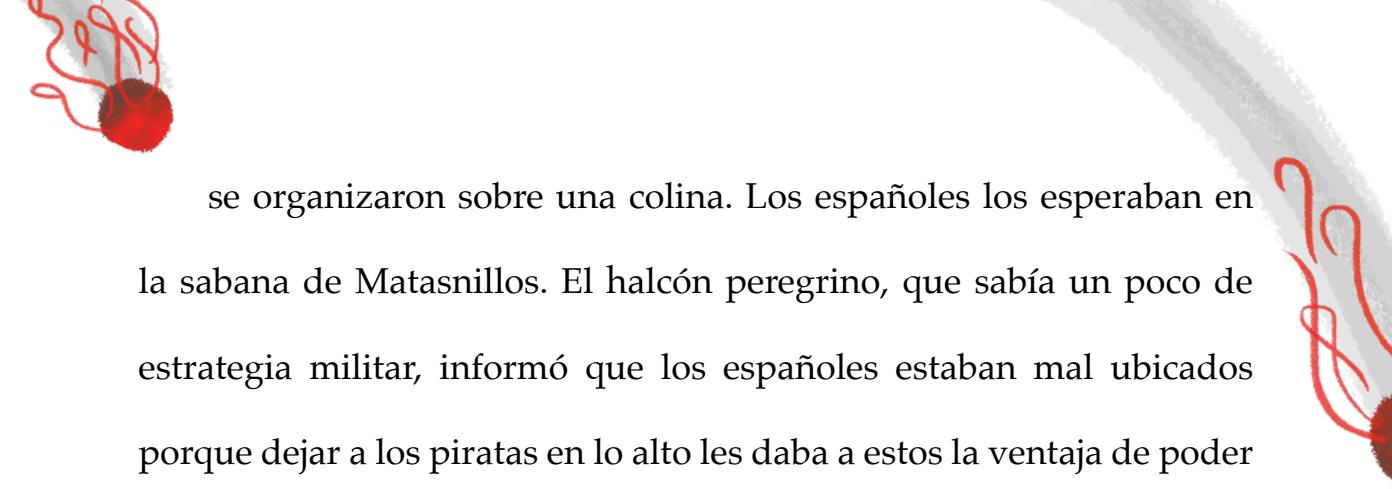
Al pie de aquella montaña pastaba una gran cantidad de vacas, toros y caballos. Tan pronto los divisaron, cientos y cientos de piratas hambrientos se abalanzaron a toda velocidad sobre los animales para **130** cazarlos y comérselos. Al ver la furia y el desenfreno con que aquellos hombres devoraban a sus presas, sentí que mi destino estaba en sus manos. Iba a ser muy difícil para mis habitantes defenderse de tales

individuos.

Luego de comer hasta saciarse, los piratas siguieron avanzando hasta el punto en que pudieron ver la torre en la Plaza Mayor. Era casi de noche, así que decidieron acampar y atacar al amanecer.

Sentía mi corazón apretarse y fui a la cima del cerro Ancón para respirar mejor. Poco a poco, mis amigos fueron llegando para acompañarme: los monos tití, los jujuná, Elanio Tijereta, los pericos de anteojos, el loro Amazonio con la ardilla Granatensis y muchos otros animales. Algunos me decían palabras de aliento, otros solo me abrazaban y se sentaban junto a mí. Creo que aquella noche ni los piratas ni los españoles ni ninguno de nosotros pudo dormir pensando en lo que pasaría al día siguiente.

Al amanecer del 28 de enero de 1671, ocurrió el ataque. Los piratas



se organizaron sobre una colina. Los españoles los esperaban en la sabana de Matasnillos. El halcón peregrino, que sabía un poco de estrategia militar, informó que los españoles estaban mal ubicados porque dejar a los piratas en lo alto les daba a estos la ventaja de poder anticipar todos los movimientos de sus enemigos.

«Esto no se ve bien. Los hombres armados del ejército español solo cuentan con espadas, picas y lanzas. Sus pocas armas de fuego son arcabuces que no tienen ni la mitad de la potencia del armamento de los piratas», detalló Elanio Tijereta, muy preocupado.



«Además, el terreno donde está la caballería es fangoso y no podrán avanzar con facilidad —aclaró el halcón peregrino.

«Y no solo eso. Los defensores panameños son, en su



mayoría, esclavos, indígenas, mulatos y mestizos sin ningún conocimiento militar», añadió el loro Amazonio.

Aún recuerdo el sonido de los tambores anunciando la batalla y la melodía de una trompeta española que nos conmovió a todos. Al escuchar sus notas musicales, se me apretujó el alma.

La melodía cesó y los piratas avanzaron. El gobernador de Panamá, Juan Pérez de Guzmán, ordenó soltar 500 toros detrás de los piratas para romper su organización, pero aquello no sirvió más que para aumentar el caos y la confusión. Los piratas dispararon contra el escuadrón de caballería de los españoles y, en poco tiempo, los aniquilaron a todos.

Fue una escena espantosa. Cerré los ojos. No soportaba ver tanta crueldad. Los piratas seguían atacando y acabando con los defensores, que huían despavoridos. Yo solo escuchaba gritos y disparos. Lo que estaba

sucediendo era mucho peor de lo que jamás hubiera podido imaginar.

En pocas horas, los piratas habían ganado “la batalla de Matasnillos” y se dirigían a la ciudad para seguir el combate en las calles. Los gritos ahí fueron peores. Me levanté para ayudar, pero no había dado ni un paso cuando sentí un rugido que me hizo caer y un inmenso dolor se apoderó mi pecho. En el momento no entendí lo que pasaba, solo me costaba mucho respirar y no podía levantarme.

Los monos jujunás se me acercaron para decirme que no me moviera, que el gobernador Juan Pérez de Guzmán había dado instrucciones al capitán Baltazar Pau y Rocaberti para que 134 hiciera estallar los depósitos de pólvora. Un humo negro se expandía por el aire y me asfixiaba.



Todo ardía a mi alrededor. A pesar del fuego, los piratas seguían peleando contra mis habitantes. Era tan grande la tristeza que sentía que, por más que lo intentara, no lograba moverme.

«No te levantes. Quédate así hasta que todo pase. De todas maneras, no hay nada que puedas hacer», me aconsejó Muris, mientras ponía paños de agua fría sobre mi cabeza.

«Estaremos contigo todo el tiempo y te contaremos lo que pasa», me aseguró la ardillita Granatensis, apretándose a mi cuello.

136

Y así fue que, gracias a mis amigos, me enteré de que los piratas ganaron todos los

enfrentamientos en mis tierras, habían tomado el control de las calles e incluso los que quedaron en el Atlántico, habían asaltado Portobelo y navegaban el Chagres para venir hacia acá.

Los piratas tenían el control del triángulo estratégico y yo seguía en llamas. Nunca pensé que las cosas sucederían de esa manera. Ni en mis peores pesadillas. El fuego continuó ardiendo hasta varios días después. Lo supe porque la fiebre me duró mucho.

Casi un mes se quedaron los piratas saqueando, tomando prisioneros, torturando y recorriendo las islas a mi alrededor, donde también atracaron y se llevaron todos los tesoros que encontraron.

137

Fueron días muy oscuros. Me sentía débil y triste. Mis amigos no se separaron de mi lado. Me cuidaban

y trataban de subirme el ánimo. Pero se me hacía muy difícil conversar, beber o comer. No tenía fuerzas ni para darles las gracias.

Henry Morgan se fue con su tripulación el 24 de febrero de 1671, llevándose todas las riquezas que tenía y dejando mi territorio destruido. Además de las miles de personas que cayeron en combate, muchas otras murieron a causa de las heridas y enfermedades producidas por las malas condiciones sanitarias que dejó el incendio.

A pesar de que todo lucía perdido y arruinado, el hecho de que los piratas ya no estaban me ayudó a sentirme mejor.

Tan pronto los piratas abandonaron el Istmo, Portobelo y el río Chagres vinieron a visitarme junto a Nombre de Dios.



Aquello sí fue una sorpresa. No los había visto en mucho tiempo y eso también me reanimó.

«No estés triste, Panamá. He vivido  
esto varias veces y créeme que  
lo peor ya pasó», me dijo

Portobelo. Aún tenía  
vendas y curitas en las  
heridas que le habían  
dejado los piratas, pero su  
entusiasmo seguía intacto.

«Portobelo tiene razón. Mírame: ahora soy más fuerte y tú también lo serás», confirmó Nombre de Dios con una sonrisa. Se veía tan sana y bonita, que casi no la reconocía.

Ese día mis amigos me ayudaron a levantarme y nos sentamos a ver el atardecer. Fue una caída de sol en tonos naranjas y rosados que me gustó mucho. Sentí que mi corazón volvía a la vida.

También podía sentir el cariño y el calor de mis amigos. Por primera vez después del ataque de Henry Morgan, sonreí.





# Un nuevo comienzo

Cuando en Europa se enteraron de que Henry Morgan me había atacado, hubo mucho revuelo. Eso me lo contaron Zuleika y Yorlenis, mis amigas las ballenas. No era la época del año que les tocaba pasar por mis mares, pero apenas supieron la noticia vinieron a visitarme.

«Veníamos llorando todo el camino. Lo bueno de vivir en el mar es que el agua se mezcla con nuestras lágrimas y casi nadie lo nota», me comentó Yorlenis, abrazándome y con los ojos hinchados.



«Y sabrás que nosotras no fuimos las únicas que quedamos bañadas en lágrimas. También la reina de España, Mariana de Austria, rompió en llanto al enterarse de la noticia», agregó Zuleika, muy conmovida.

«Lloró mucho, no solo porque te tiene cariño. El ataque ocurrió justo cuando España e Inglaterra acababan de firmar un acuerdo de paz, luego de casi 15 años de guerra entre ambos países. ¡Imagínate!», exclamó Yorlenis.

A pesar de que aún tenía muchas heridas y me encontraba en mal estado, me animaba conversar con mis amigas las ballenas. «¿Han sabido algo de Henry Morgan?», les pregunté por fin.

«¡Por supuesto! El rey Carlos II de Inglaterra ofreció una disculpa formal a España e insistió que no sabía nada al respecto. España pidió que Morgan fuera castigado y lo andan buscando para llevárselo. Ya no deben demorar en encontrarlo», respondió Zuleika.

«También van a llamar a juicio al gobernador Juan Pérez de Guzmán. Tiene que rendir cuentas por no defenderte como debía y también por ocasionar el incendio que acabó destruyéndote. Ha declarado que dio la orden de estallar los depósitos de pólvora porque pensaba que Morgan venía a convertirte en posesión de Inglaterra y creyó que incendiándote entorpecería sus planes, pero en realidad los piratas solo venían a robar los tesoros. Tanta destrucción se pudo haber evitado. ¡Es

increíble! Nunca voy a entender a los seres humanos», suspiró Yorlenis.

«Lo sé. Cada vez que lo recuerdo, me lamento. Trato de no pensar mucho en eso. Como dicen mis amigos: ya pasó. Ahora debo seguir adelante y recuperarme», le respondí.

«¡Y lo vas a hacer! ¡Ay, si tan solo nosotras hubiéramos estado aquí! No nos hubiéramos separado de ti ni un segundo. No sé cómo hubiéramos salido del agua porque para nosotras las ballenas salir del agua es algo raro y complicado, pero algo se nos hubiera ocurrido», resolvió Zuleika.

«Eso no lo dudo», contesté con toda sinceridad. Las ballenas me abrazaron tan fuerte que solté un quejido.

«Te vas a poner bien. No estés triste ni te preocupes por tu estado, ¿sí? Eres muy importante para todos, en especial para España. No te va a

abandonar. De hecho, ya reemplazó a Juan Pérez de Guzmán con don Antonio Fernández de Córdoba como capitán general de la Provincia de Tierra Firme, y ya viene en camino», aseguró Yorlenis, dándome toquecitos en la espalda.

«Yo lo conocí. Es un soldado experto, inteligente y trabajador. Estoy segura de que te va a ayudar y de que pronto te recuperarás», agregó Zuleika.

Las ballenas se despidieron y me prometieron regresar el año siguiente. Me hubiera gustado que se quedaran más tiempo, pero entendía



que debían partir. Aunque sus palabras me devolvían la esperanza, me costaba creer que las cosas mejorarían tan rápido como ellas decían.

Mientras llegaba Antonio Fernández de Córdoba, el Virrey del Perú envió a Miguel Francisco de Marichalar para que asumiera el mando de mis tierras. Al llegar, solo encontró pobreza, destrucción, hambre, tristeza y enfermedad. Muchos habitantes solo habían podido salvar la ropa que llevaban puesta. No había agua ni comida y abundaban las enfermedades debido a la peste que se produjo por los más de 3,000 muertos que había dejado el ataque.

Así de mal quedé.

148

Las terribles epidemias y las casas y edificios en ruinas obligaron a Marichalar a decidir que, en vez de reconstruirme, lo mejor sería mudarme al llamado «sitio del Ancón», que ahora se conoce como

el Casco Viejo. Esto significaba trasladarme unos ocho kilómetros al sudoeste de mi ubicación original.

Me gustaba la idea. Empezar en otro lugar ayudaría a olvidar más rápido la pesadilla del ataque pirata. Pero mis moradores no pensaban igual. Muchos se negaban a irse porque decían que, de por sí, ya sentían que habían perdido mucho. Abandonar sus casas, o lo poco que quedaba de ellas, sería como perderlo todo por completo. Y, en cierta manera, yo los entendía. No es fácil desprenderse de tu hogar. Aunque se haya destruido, uno siente que aún conserva parte de su esencia y abandonarlo representaba dejar un pedacito de sí mismo.

Don Antonio Fernández de Córdoba desembarcó en Portobelo pocas semanas después de la llegada de Marichalar con órdenes precisas de la Corona: reforzar Portobelo, reedificar el castillo de San Lorenzo y reconstruirme. Y apenas arribó, se dio a la tarea de cumplir su misión.



Luego de dejar instrucciones en Portobelo y el río Chagres, vino a visitarme. Gio y Froyi lo acompañaron durante el camino, según ellos, para protegerlo porque no querían que nada le pasara.

Al llegar, me hizo una evaluación detallada y pasó a reunirse con Marichalar, y los oficiales y ministros que me conocían. Entre todos acordaron que la mudanza era necesaria y definitiva. Mi amiga Zuleika tenía razón: Fernández de Córdoba estaba dedicado a su trabajo y se esforzaba por hacerlo bien. Levantó un plano de cómo quedaría en un nuevo sitio e incluía reforzarme con una fortificación.

A diferencia de Portobelo y la desembocadura del Chagres, yo nunca había tenido una muralla. Yo era lo que llamaban una «ciudad abierta» y, en realidad, me gustaba ser así. Iba muy bien con mi forma de ser: libre y acogedora. Nunca pensé que fuera necesario



fortificarme, hasta que vino el ataque de Morgan.

Cuando Fernández de Córdoba me enseñó sus planos, no me reconocí. Era como ver otra ciudad: calles, plazas, casas, edificios y una muralla a mi alrededor para protegerme de cualquier pirata que planeara atacarme tanto por tierra como por mar.

Además de tener mayor seguridad y defensas, con el traslado también tendría acceso a mejores fuentes de agua: algo esencial para fortalecer la salud de mis ciudadanos.

La Corona española aceptó la mudanza y ordenó que se diera lo antes posible. Las ganancias de la feria de Portobelo de 1672 se destinaron a los gastos de mi traslado y a la protección del río Chagres.

La reina Mariana de Austria también exoneró a mis habitantes del

pago de impuestos por diez años a fin de que pudieran reponerse de sus pérdidas.

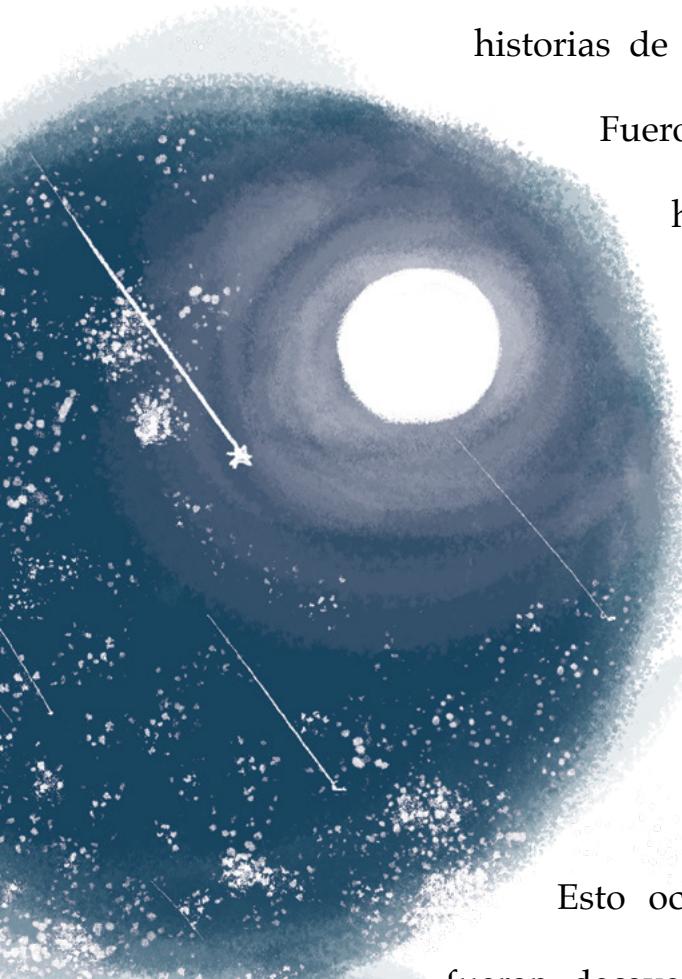
La mudanza no fue fácil y tomó tiempo. Muchos de mis pobladores construyeron sus nuevas viviendas literalmente levantando las piedras que habían quedado de sus antiguas casas —en lo que hoy se conoce como el Sitio Arqueológico de Panamá Viejo— y llevándolas hasta su nueva ubicación.

Todos los esfuerzos que hizo la Corona española para mi traslado y reedificación ayudaron a que me recuperara más rápido. Pero lo que más me sirvió fue el apoyo y el cariño que recibí de mis amigos. Gracias a ellos, volví a reír a carcajadas

154

y me sentí capaz de superar cualquier dificultad que se me presentara.

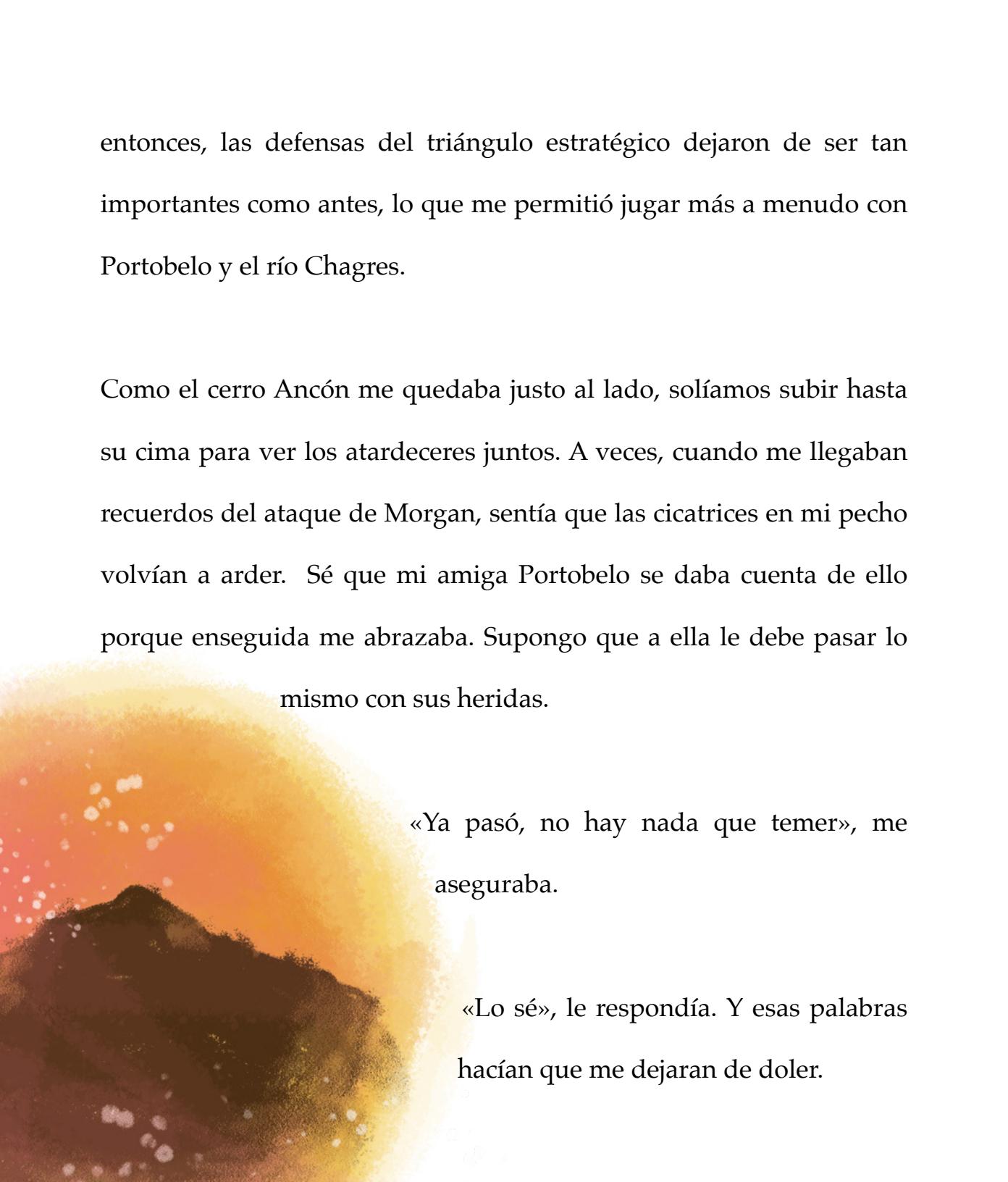
Los monos titíes Gio y Froyi siguieron viniendo para contar estrellas y,



a veces se les unían los monos jujunás. En el verano, volví a sentarme en la bahía con Elanio Tijereta, las águilas pescadoras, el halcón peregrino, los pericos de anteojos y muchas otras aves que me contaban historias de ciudades lejanas en el continente.

Fueron ellas quienes me dijeron que se había creado una nueva ruta de navegación a través del Cabo de Hornos, en Suramérica, que les permitía a los europeos llegar directamente al Virreinato del Perú sin exponerse a los peligros de los piratas.

155  
Esto ocasionó que las ferias comerciales fueran decayendo, al igual que los ataques de piratas. La última feria de Portobelo se realizó en 1737 y, a partir de



entonces, las defensas del triángulo estratégico dejaron de ser tan importantes como antes, lo que me permitió jugar más a menudo con Portobelo y el río Chagres.

Como el cerro Ancón me quedaba justo al lado, solíamos subir hasta su cima para ver los atardeceres juntos. A veces, cuando me llegaban recuerdos del ataque de Morgan, sentía que las cicatrices en mi pecho volvían a arder. Sé que mi amiga Portobelo se daba cuenta de ello porque enseguida me abrazaba. Supongo que a ella le debe pasar lo mismo con sus heridas.

«Ya pasó, no hay nada que temer», me aseguraba.

«Lo sé», le respondía. Y esas palabras hacían que me dejaran de doler.

Una tarde lluviosa, el loro Amazonio vino a visitarme con la ardilla Granatensis y me contaron sobre lo que ocurrió después con Henry Morgan. En 1672, unos años después de mi ataque, Morgan fue encarcelado y enviado a Londres tal y como habían solicitado los españoles. Sin embargo, el propio rey Carlos II de Inglaterra lo nombró caballero —una distinción muy importante— y lo envió de regreso a Jamaica como vicegobernador en 1675. Sus nuevas funciones en la isla incluían acabar con la piratería en el Caribe, cosa que no hizo y por esa razón fue despedido. Morgan murió en Jamaica, a la edad de 53 años, dejando una inmensa fortuna.

Luego de mi traslado al «sitio del Ancón», ni Henry Morgan ni ningún



## LA CORONA AL DÍA

Henry Morgan es encarcelado y enviado a Londres. Entérese minuto a minuto aquí...

## DIARIO EL INGLÉS

El Rey Carlos II nombra a Henry Morgan caballero. Mariana de Austria indignada.

## REVISTA JAMAICAN PATTY & PA'MÍ

Muerre Henry Morgan a los 53 años y deja gran fortuna. Familiares reclaman herencia.



## HENRY MORGAN

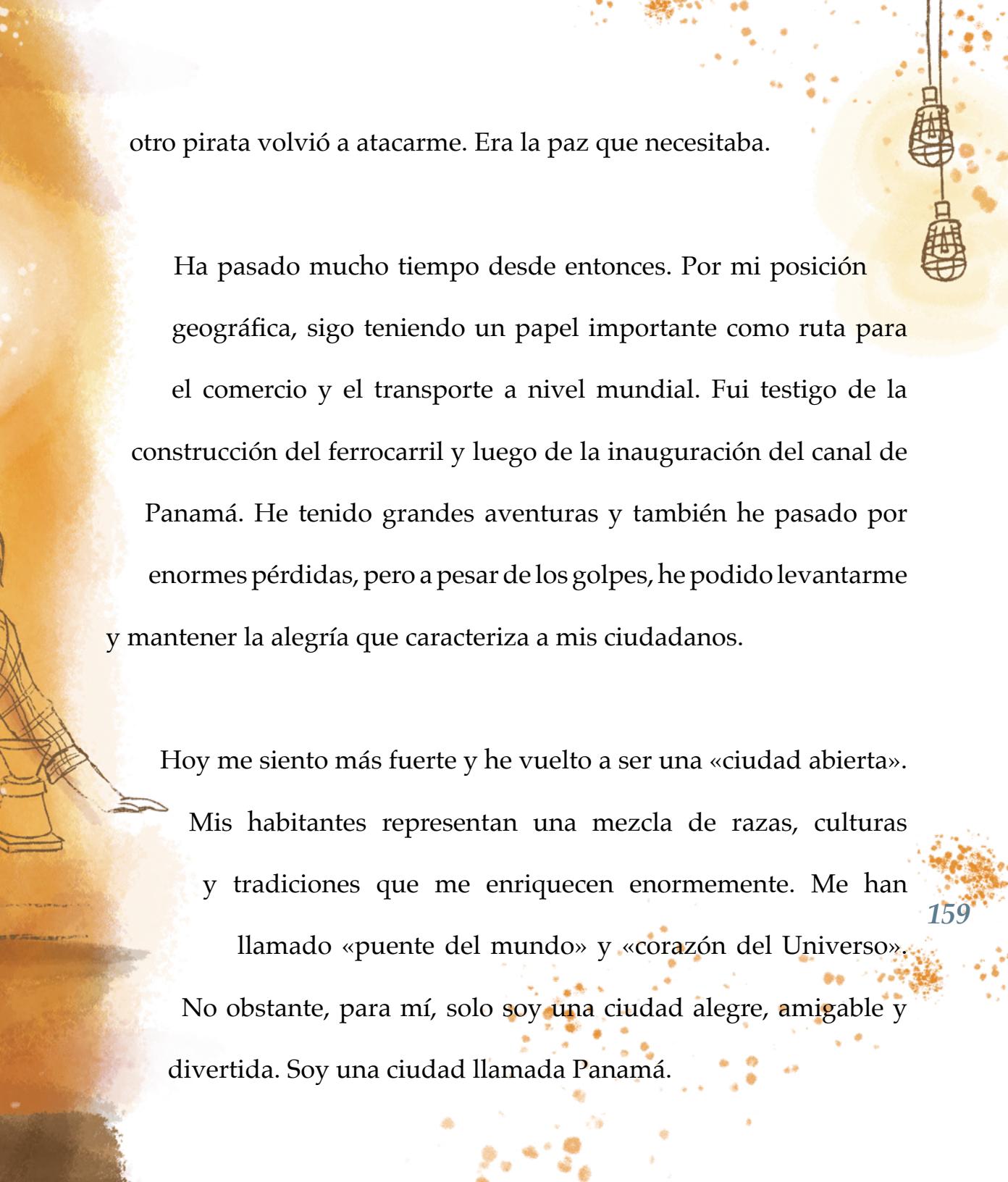
Sir Henry Morgan nació cerca del año 1635 en Gales, Inglaterra.

Atacó la Ciudad de Panamá en 1671 y en 1675 fue nombrado vicegobernador en Jamaica

GRAN FERIA  
DE PORTOBELLO  
DEL 10 DE AGOSTO  
AL 30 DE SEPT.  
IVEN CON TU  
FAMILIA!

Citadinas Sin  
BAMBALINAS  
80 mujeres  
en la historia  
de la Ciudad  
de Panamá  
ILLELO YA!





otro pirata volvió a atacarme. Era la paz que necesitaba.

Ha pasado mucho tiempo desde entonces. Por mi posición geográfica, sigo teniendo un papel importante como ruta para el comercio y el transporte a nivel mundial. Fui testigo de la construcción del ferrocarril y luego de la inauguración del canal de Panamá. He tenido grandes aventuras y también he pasado por enormes pérdidas, pero a pesar de los golpes, he podido levantarme y mantener la alegría que caracteriza a mis ciudadanos.

Hoy me siento más fuerte y he vuelto a ser una «ciudad abierta».

Mis habitantes representan una mezcla de razas, culturas y tradiciones que me enriquecen enormemente. Me han llamado «puente del mundo» y «corazón del Universo».

No obstante, para mí, solo soy una ciudad alegre, amigable y divertida. Soy una ciudad llamada Panamá.





# Índice

Este índice representa una guía de los temas tratados en cada uno de estos capítulos a fin de que sirvan de referencia dentro de un contexto histórico.

<b>I</b>	Juegos con gigantes (Panamá precolombina) .....	<b>10</b>
<b>II</b>	Un nuevo mundo (Fundación de la ciudad de Panamá) .....	<b>33</b>
<b>III</b>	Un triángulo de amistad (Formación del triángulo estratégico) .....	<b>54</b>
<b>IV</b>	La historia de un pirata (Historia de Henry Morgan) .....	<b>83</b>
<b>V</b>	La leyenda se vuelve realidad (Henry Morgan ataca Portobelo) .....	<b>97</b>
<b>VI</b>	Ardiendo en llamas (Henry Morgan ataca Panamá) .....	<b>109</b>
<b>VII</b>	Un nuevo comienzo (Traslado y resurgimiento de la ciudad de Panamá)...	<b>143</b>

## **Soy una ciudad llamada Panamá**

Este libro fue conceptualizado y gestionado por la Comisión 500 Años de Fundación de la Ciudad de Panamá (1519-2019). La Junta Directiva de esta Comisión es presidida por la Alcaldía de Panamá y cuenta con el apoyo estratégico, logístico y administrativo del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo PNUD.

Además, participan en su Junta Directiva: Ministerio de Relaciones Exteriores, Autoridad del Turismo de Panamá, Autoridad del Canal de Panamá, Ministerio de Cultura, Ministerio de Educación y la Asociación de Antropología e Historia de Panamá.

## **Agradecimientos de la autora**

Gracias a los biólogos Ricardo Moreno, Saskia Santamaría y Ángel Muela por su apoyo y asesoría sobre los animales que aún viven o pudieron haber vivido en Panamá.

Gracias también al arqueólogo Tomás Mendizabal al igual que a la doctora Katti Osorio por su amable disposición y asesoría en los temas históricos sobre la historia de Panamá, al igual que a la historiadora Marcela Camargo por la revisión final del texto.

Gracias a la Alcaldía de Panamá y a la Comisión de los 500 años por permitirme ser parte de un proyecto tan significativo, en especial a Mónica Mora por su esfuerzo incansable, y a José Jiménez Vega y Juan Tarté el talento y cariño que le inyectaron a las gráficas.

## CHERI LEWIS G.

Oriunda de Chitré, ha trabajado en proyectos infantiles de carácter institucional, como la serie animada *Cuéntame lo Chabelito*, sobre la historia de Panamá. Es autora de libros infantiles tales como *De la magia y otros recuerdos* (Mención Honorífica, Concurso de Literatura Infantil Carlos Francisco Changmarín, 2015) y *Vivir con alegría* (I Premio, Concurso Carlos Francisco Changmarín, 2017). En 2018 gana el Concurso Nacional de Cuento José María Sánchez, con la obra *El hilo que nos une* y cuentos de su autoría forman parte de las antologías *¡Basta! 100 mujeres contra la violencia de género*, *En plena forma. Cuentos panameños 2003-2017*, *Venir a cuento. Cuentistas emergentes de Panamá* (2012-2019) y *Puesta en escena*, una compilación de 36 cuentos escritos por mujeres entre 2005 y 2018.

## JOSÉ JIMÉNEZ VEGA

Nace en la ciudad de Panamá e inicia su carrera en las artes visuales como diseñador gráfico en 2016. A la vez, crea *Nos gusta el mar*, un proyecto personal cuyas historias, ilustradas en tinta sobre el papel, están inspiradas en el océano. Sus creaciones se concentran en la cotidianidad vista a través de su imaginación. Ha dictado talleres creativos, expuesto su trabajo en múltiples festivales de arte y participado en conversatorios para compartir sus experiencias como ilustrador independiente. En 2018 participa en el libro *Citadinas sin bambalinas*, despertando su interés por el mundo de la ilustración editorial.

## JUAN TARTÉ

Diseñador gráfico e ilustrador nacido en la ciudad de Panamá, se dedica al diseño publicitario y editorial. Ha trabajado como director de arte júnior para comerciales y filmes, y desarrollado imágenes para marcas y empresas, combinando material publicitario y comunicación. En 2013 obtiene una mención honorífica en el concurso de arte "Tocumen: entre el mar y el cielo" y en 2008 al Mejor Afiche de Teatro. Está a cargo de la línea y dirección gráfica, así como de las campañas de promoción para la Comisión de los 500 Años de Fundación de la Ciudad de Panamá.

## **Equipo de trabajo de PMA500**

### **Junta Directiva de la Comisión 500 Años de Fundación de la Ciudad de Panamá**

José Luis Fábrega, Alcaldía de Panamá, presidente

Miguel Lecaro, Ministerio de Relaciones Exteriores, vicepresidente

Eda Ruth Soto, Autoridad del Canal de Panamá, tesorera

Genaro Villalaz, Alcaldía de Panamá, subsecretario

Karen Peralta, Instituto Nacional de Cultura, subtesorera

Tomás Mendizábal, Asociación de Antropología e Historia de Panamá, vocal

### **Equipo de trabajo de la Alcaldía de Panamá**

Genaro Villaláz, director de Cultura y Educación Ciudadana

Alexandra Samudio, subdirectora de Cultura y Educación Ciudadana

Giovanny Barrantes, productor, dirección de Cultura y Educación Ciudadana

Maruja Coronado, asistente administrativa, dirección de Cultura y Educación Ciudadana

### **Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD)**

Linda Maguire, representante residente

Aleida Ferreyra, representante residente adjunto a.i.

Patricia Pérez, oficial de Programa

Annie Ramos, asociada de Programa

Giovanny Moreno, asistente de Programa

Mónica J. Mora, coordinadora general, PMA500

Jonathan Hernández, coordinador, Museo de la Ciudad

Mónica Alvarado, especialista en comunicaciones, PMA500

**166**

Teresa Williams, asistente administrativa, PMA500

Yessica Moreno, asistente administrativa, PMA500

Juan Tarté Buitrago, diseñador gráfico, PMA 500

Laura Díaz, administración de redes sociales, PMA500

Jairo Coumelis, fotógrafo, PMA500

## **Fuentes consultadas**

Castillero Calvo, Alfredo. *Historia general de Panamá*. Comité Nacional del Centenario de la República: Panamá, 2004.

Conte Porras, Jorge. *Historia de Panamá y sus protagonistas*. Neme 6 Impresores, 2da. edición: Panamá, 2006.

Exquemelin, Alexandre Olivier. *Piratas de América*. Editorial Dastin: Madrid, 2002.

Guillén, Luis, y Grimaldo, Alfonso. *Bien conta'o: la historia de los 500 años de la ciudad de Panamá*, <https://biencontao.com>.

Revista *Lotería*, vol. 64, marzo de 1961.

Revista *Lotería*, vol. 209, junio de 1973.

Osorio Ugarte, Katti. *La ciudad de Panamá: su traslado y defensas, su traza urbana y su escudo de armas*. Investigación realizada para la Comisión 500 años de Fundación de la Ciudad de Panamá. 2018.

SERTV Panamá. *Cuéntamelo Chabelito*, serie animada sobre la historia de Panamá, 2014-2019, [www.youtube.com](http://www.youtube.com).

## **Entrevistas de la autora**

Tomás Mendizábal

Katti Osorio Ugarte

*Soy una ciudad llamada Panamá* es un relato de la ciudad desde la formación del istmo y sus primeros pobladores hasta su destrucción y traslado al Casco Antiguo.

Este libro es una señora crónica, un hilo con el que los niños, niñas, jóvenes y adultos pueden volar el pandero de su imaginación. Cheri Lewis como autora y José Jiménez Vega como ilustrador, lograron una extraordinaria mancuerna: imagen literaria y visual deliciosa que interpreta en el ahora cómo eran aquellos tiempos de construcciones de piedra, de mares que traían piratas, y de piratas que traían fuego y se llevaban el oro de lo que hoy conocemos como Panamá La Vieja.

**Lil hArriera**

Poeta, escritora y narradora oral



ISBN 978-9962-663-45-4



9789962663454